

**DR. SHIVA VON HASSEL**

**☠ OSTFRONT**

Prólogo de Eduardo Vaquerizo

Traducción de José Ramón Vázquez

Edición de Santiago Eximeno



# **OSTFRONT**

**Primera edición:** septiembre 2012

**Maquetación y diseño:** Santiago Eximeno

**Texto:** Dr. Shiva von Hassel

**Traducción:** José Ramón Vázquez

**Prólogo:** Eduardo Vaquerizo

**Fotografía de portada:** Viktor Karlovich Bulla (dominio público)

**Edición:** Ediciones del Cruciforme  
EDC0002

[www.cruciforme.com](http://www.cruciforme.com)

## **PRÓLOGO**

El doctor Shiva von Hassel no es un escritor en el sentido habitual del término. Escribe, es evidente, pero no es una actividad premeditada. Al doctor, en realidad, el término que lo define es el de narrador de historias. Al ser humano le apasiona que le cuenten historias; cuanto más enrevesadas, llenas de aventuras y de sucesos, mejor. Es algo que los modernos narradores no deberían olvidar nunca, y los que son buenos en su oficio no lo hacen. La literatura nace de la oralidad narrada y la oralidad narrada deviene de la necesidad de escuchar lo que sucedió, o lo que pudo haber sucedido o, aún mejor, lo que sucede o sucederá, o incluso podría suceder.

El doctor Shiva von Hassel es un hombre que parte de una situación de ventaja en la carrera por embelesar con la palabra: ha vivido muchas vidas, muchas de ellas llenas de peligros. Su nacionalidad actual es la española, pero no ha sido la única. Dice –pero es difícil confirmarlo cuando se trata de sus propias palabras– que nació en Suiza, en un pequeño caserío cerca del monte Cervino. Hijo de un campesino, demostró su valía en la escuela y logró doctorarse en medicina en Basilea, profesión que, por lo que sabemos, nunca ha ejercido. Acostumbrado a las montañas y al frío, dice sentirse muy cómodo en España, donde el calor y la sequedad es mucho más soportable que, por ejemplo, en el horrible desierto del Gobi, lugar que, según cuenta, conoce como la palma de su mano.

Con el doctor nunca sabrás si lo que cuenta de los lugares ignotos lo ha aprendido leyendo los miles de libros que abarrotan las estanterías de su casa o lo sabe por su propia experiencia. A ustedes, lectores, les recomiendo que hagan como yo: no lo intenten. Conversando con él he llegado al convencimiento de que mucho de lo que cuenta como fábula increíble es cierto. Otro tanto de lo que dice, adornado con los ambages de la veracidad, es tan falso como su pretendido origen nepalí, lo cual es decir poco, ya que el doctor es un hombre mayor, con esa fluidez en los gestos y los músculos que hace difícil discernir su verdadera edad de un primer vistazo. Tiene los ojos del color del hielo de los glaciales; sin embargo, bajo ciertos ángulos, su nariz achatada y un leve resto de pliegue epicántico hacen dudar de su etnia.

El doctor acumuló su experiencia viajando por el mundo en una época en que hacerlo no era tan sencillo como ahora. Nos cuenta que pasó su juventud huyendo de la Guerra Mundial y allá donde llegaba le perseguían las tropas alemanas o japonesas. Islas del Pacífico, el Círculo Polar, los desiertos de Asia. ¿Qué buscaba en aquellos lugares? Cuando se le pregunta contesta siempre lo mismo: aventuras, y algo de dinero para seguir viviendo. Cuando se observan las estanterías de su casa se descubren estatuillas, tallas, todo tipo de objetos de culto, huesos, fotografías, mapas y algunos otros objetos que hablan de excavaciones, búsquedas, templos sin nombre y remotos parajes fantásticos.

Pero me estoy dejando llevar por lo accesorio. Todo eso en el doctor Shiva von Hassel no es más que su vestimenta intelectual. Sus libros dicen mucho más de él que todo lo demás. En su biblioteca he podido encontrar volúmenes de filosofía alemana, de esoterismo, gruesos tomos medievales, tratados de física, de ingeniería, de fotografía, junto a antiguos libros dedicados a muchas civilizaciones extintas, imaginarias o por descubrir.

Me he extendido mucho hablando del doctor. Porque, ustedes me sabrán perdonar, es la forma más fácil de hablar de sus escritos, nunca antes dados a la imprenta. El doctor escribe de forma irregular, según sus instintos se lo dictan, ajeno a tratar el arte de dar forma a discursos escritos más que como una válvula de escape a su narratividad explosiva y devastadora. Acumula folios y folios de su apretada y casi indecifrable letra. Muchos de ellos están escritos en alemán, pero he encontrado fragmentos en latín, en griego, en árabe, en chino, en sánscrito, en italiano medieval, en inglés victoriano e incluso en castellano.

El relato que hoy prologo fue escrito originalmente en ruso. El doctor dice que lo copió de una lápida de plomo en una capilla bajo el Kremlin, el oculto panteón de hombres ilustres del comunismo que, a pesar de tratar la individualidad como un anatema, reconoció algunos logros lo suficientemente importantes como para merecer un recuerdo diferenciado y atemporal.

Era la tumba de su protagonista y sobre ella habían reseñado su relato. Pueden creer lo que quieran, yo opto por no preguntarme nada y disfrutar del texto fuera de todo prejuicio. Es evidente que no puede ser cierto, ni el escrito ni la tumba, ni ninguna de las explicaciones que el

doctor da cada vez que alguien le pregunta por el origen de esta u otra historia.

De cualquier modo, el texto se defiende a sí mismo. Léanlo como quieran: como ficción, como metáfora, como realidad reinterpretada. Por encima de todo intenten que no les roben las ganas de divertirse. Si lo logran, disfrutarán del texto y la historia les mantendrá despiertos hasta la madrugada, sumergidos en un mundo que no es el nuestro, o que lo fue, o que lo será.

No lo sabemos ni lo queremos saber.

*Eduardo Vaquerizo, 1 de Septiembre de 2012*

## I

Los colmillos se hundieron en la carne, rasgaron pelo, músculo y tendón, tiñeron de rojo sangre el pelaje blanco amarillento del animal que se debatía inútilmente contra las implacables mandíbulas. Una liebre vieja y anémica era una magra comida para un lobo, pero el duro invierno había dejado casi esquilados los bosques polacos. Aunque el hambre no iba a dejar de agujonear sus flancos, ese almuerzo podría permitirle aguantar vivo un día más.

Estaba tratando de alcanzar un resto de intestino particularmente rebelde cuando llegó a su hocico olor a carroña pasada. Era tan fuerte aquel aroma a muerte antigua que el orgulloso animal abandonó su presa para ponerse a salvo de la amenaza que se acercaba.

El ronroneo de los motores y el crujido de las cadenas acompañaron el aullido contenido de los lobos en su retirada. Como nuevos señores del bosque nevado los vehículos de transporte, moles oscuras, herrumbradas, que despedían un desagradable tufo a sangre y gasolina, se internaron entre los árboles quebrados. Bajo el triste cielo gris el avance de la columna se percibía como un desgarró en la inmaculada superficie del bosque. Tras los primeros vehículos avanzaban a caballo varios hombres uniformados. Altivos, distantes, representantes del ideal ario, tiritaban de frío mientras trataban de irradiar respeto.

Las gorras negras que cubrían su pelo rubio de corte perfecto no eran tan eficaces a veinte grados bajo cero como en la ciudad, donde la sola visión de la calavera y la doble ese era suficiente para abrir cualquier puerta. Sin embargo los oficiales no podían permitirse mostrar un mínimo signo de debilidad frente al hombre que guiaba la columna. Al contrario que sus subordinados, jóvenes de rostros impecables, su cara era un mapa del dolor. Remiendos, cicatrices y arrugas se superponían unas a otra y bordaban el cráter de carne requemada que, mucho tiempo atrás, había ocupado su ojo derecho. En la cuenca vacía refulgía una brillante esmeralda con una esvástica grabada.

El hombre cubría su cuerpo, paradigma de la consunción, con una túnica negra. Sobre ella se amontonaban pieles frescas de animales muertos, en su mayoría lobos. Supuraban sangre que empapaba la túnica,

que empapaba su piel grisácea. Aquel era el olor del que huía la manada, el aroma de un depredador de lobos. Así lograba mantenerse en pie, erguido, desafiante. Así lograba someter a los hombres que le acompañaban. A los vivos, a los muertos.

El hombre había dedicado, como muchos otros de su raza, su cuerpo y su alma a los poderes oscuros. Donde otros habían fracasado él se había alzado victorioso. Ya no podría ser considerado jamás como un igual por los que caminaban tras él.

Ahora era un nigromante.

El ladrido de un pastor alemán hizo volver la cabeza al grupo de oficiales. Pronto el resto de perros unieron su voz al coro de la alarma. De la parte trasera de uno de los transportes saltó una forma vagamente humana cargada de cadenas. Se movía de forma errónea, como si sus articulaciones estuvieran tan oxidadas como la prisión de la que trataba de huir.

El oficial soltó un bufido de fastidio y sacó sin prisa una *Luger* de plata de la funda que colgaba de su cadera. Con calma, apuntó el arma hacia la figura que avanzaba torpemente sobre la nieve. El ánima de la pistola escupió un rayo azulado cuando apretó el gatillo.

El cuerpo se retorció cuando recibió el impacto en el pecho, cayó al suelo.

—¡Recójalo y devuélvanlo a su sitio! ¡Ahora mismo! —gritó el *Obergruppenführer*.

Dos soldados acudieron a cumplir la orden. El hombre caído trató de atraparlos con sus dedos engarfiados, pero los soldados, que estaban alerta, lo alzaron tirando de las cadenas que se enroscaban en su torso. Uno de ellos maldijo cuando vio el agujero que la *Luger* había abierto en el pecho del hombre.

—*Mein Gott...*

Las puertas de los transportes se abrieron, los perros ladraron con más fuerza. Nadie bajó. Nadie debía bajar, al menos no todavía.

El nigromante les indicaría el momento preciso.

El bosque permanecía en silencio, cubierto de nieve blanca. Los pinos de corteza negra se extendían por la ladera hasta que la niebla los hacía desaparecer. Nadie se movía. El aliento de los soldados y los perros formaba penachos de vaho que parecían contribuir a la niebla que los

rodeaba. De la boca del nigromante no salía vapor alguno. Algunos soldados, los SS más veteranos, miraron de reojo hacia la figura de su *Obergruppenführer*, pero cuando el fulgor verde de la esmeralda los iluminó bajaron la vista. Los correaes de las armas tintineaban agitados donde antes habían permanecido firmes.

Aún recordaban el pequeño pueblo que acababan de cruzar, el último eslabón en la cadena de horrores que se había iniciado en el gueto de Varsovia. Los años pasados en la academia de la Ahnenerbe, descifrando las runas de olvidadas sagas vikingas, o las prácticas con especímenes vivos en los campos de Auschwitz y Dachau, no les habían preparado para el verdadero trabajo de campo. El olor enfermizo de la hechicería o los lamentos de los niños al ser devorados por sus padres ya eran más que suficiente para sembrar el terror en las almas del nacionalsocialista más ferviente, pero la mirada del *Obergruppenführer* Schreck era la del abismo encarnado.

Max Schreck bajó del vehículo y hundió sus pies desnudos en la nieve. Caminó hasta uno de los árboles —calcinado, retorcido— dejando tras de sí un rastro sanguinolento. Se arrodilló y olisqueó como un animal hambriento. Después recorrió con sus manos la corteza negra, desmoronándola con sus uñas. Se detuvo en un punto concreto y allí, ante la estupefacción de sus hombres, hundió dos falanges de su dedo índice y se lo llevó a los labios. Saboreó con deleite las entrañas de aquel árbol negro, ajeno a las miradas de los soldados alemanes. No tenía que dar explicaciones a nadie, sus actos estaban refrendados por el mismísimo *Führer*.

Durante un minuto que pareció durar una vida, la lengua de Max lamió el dedo largo y huesudo, manchado de una savia escarlata que nadie hubiera creído posible. Luego volvió su atención hacia el bosque. Algo había cambiado. El silencio, antes blanco y sólido, se había vuelto hueco, un túnel por el que llegaban vibraciones casi inaudibles. Les alcanzaron lentos y blandos ecos que sacudían el aire y reverberaban en el pecho de los soldados. Algo lejano, oculto por la niebla, golpeaba la nieve en polvo. El *Obergruppenführer* miró de nuevo a las profundidades blancas del bosque y sonrió con dientes negros y afilados.

## II

Era como una catedral en movimiento, plagada de arbotantes en forma de antenas que se comunicaban con el obeso cuerpo central mediante chisporroteantes arcos voltaicos. El acero que lo recubría estaba plagado de manchas de aceite espeso que no lograban cubrir la imponente hoz y el enorme martillo rojo que adornaban el frontal. Su potente motor era tan ruidoso que podía haber despertado a una manada de mamuts congelados, eso si no lo hacía antes el intenso hedor a gasolina mal quemada que emanaba de sus tubos de escape. La nieve quedaba aplanada al paso de las orugas gemelas de su base, así como cualquier arbusto, valla o desdichado animal que se cruzara en su camino.

Era el orgullo del Ejército Rojo, y los ciudadanos que habían contemplado su paso por la estepa helada olvidaban por unos instantes sus miedos y sus miserias y guardaban un silencio reverencial. Todos ellos, al volver a sus casas tras la jornada, al servir en sus vasos el vodka blanco que les mantendría calientes hasta la noche, recordarían la presencia del coloso y darían gracias al Estado por su existencia.

Porque, bien lo sabían, de aquella maquinaria, de su eficacia, dependían sus vidas. El enemigo estaba a las puertas, era el momento de mostrarle al mundo la supremacía bélica soviética.

El *golem* rojo avanzaba sobre la carretera helada levantando chorros de hielo pulverizado. Dentro de la máquina el camarada comandante Puzov se sacudía contra los correajes que lo sujetaban al asiento. Echaba de menos las dobles palancas de los T34, el acelerador y el freno. En aquella máquina infernal no había nada de eso, tan solo una consola con varios relojes y una matriz de gruesos botones cuadrados, similares a los del teclado de una máquina de calcular, rotulados con caracteres hebreos. Al lado de Puzov, en el asiento contiguo, un hombre delgado y nervioso ajustaba pequeñas ruedas de control, observaba con atención la configuración de múltiples diales y marcaba instrucciones en el teclado.

Tenía una nariz córvida, tal vez para poder sostener las pesadas gafas de soldador que le tapaban los ojos por completo. Todo su cuerpo estaba cubierto de grasa, desde las botas reforzadas pasando por el viejo mono de obrero hasta la andrajosa visera que le cubría su rala cabeza. Incluso la

medalla de Héroe de la Unión Soviética que portaba en el pecho veía opacada su brillantez por restos de petróleo, algo que a cualquier otro le hubiera costado una larga estancia en el gulag.

Se le escapó una risita ratonil y una maliciosa mirada de soslayo cuando Puzov soltó una imprecación sobre la madre del camarada Molotov. Después miró a su alrededor, como buscando algo.

—¡Un homúnculo! —gritó Puzov, saltando en su asiento.

La pequeña criatura, que había salido retorciéndose de una pequeña abertura entre dos placas de metal del suelo, les contempló con curiosidad. Era un manojo de brazos y piernas de color violeta oscuro con un rostro de niño que coronaba un cuerpo diminuto. Despedía un insoportable hedor a pachulí, más desagradable aún cuando se mezclaba con el olor del interior del vehículo. En su pecho desnudo la escarificación de un carácter hebreo mostraba sin ambages quién era su propietario.

El judío miró a la criatura, sus ojos ocultos tras las gafas. Se preguntó si les traería la información que le había sido requerida o, como en ocasiones anteriores, simplemente se había materializado para incordiarles.

—Comida poca.

—¿Ya se ha terminado el combustible?

Puzov se inclinó sobre el medidor. Ese fue el momento en el que el impacto de un proyectil hizo tambalearse al coloso. Puzov se golpeó contra el salpicadero del vehículo y se abrió una brecha en la ceja izquierda, de la que comenzó a manar sangre. En el visor, una estrecha línea de cristal reforzado en el frente de la máquina, solo era posible ver nieve y árboles.

—¿Dónde está el tanque boche?

Un nuevo impacto les hizo tambalearse. El judío tecleó frenéticamente varias órdenes mientras el homúnculo desaparecía entre las planchas de acero del suelo. Los motores comenzaron a acelerar.

A pesar del estruendo el *golem* se quedó quieto. Toda la potencia había sido dirigida a las dinamos del cañón Gauss, impulsando una esfera de acero de diez kilos a una velocidad cada vez más elevada hasta alcanzar la boca. El simple contacto con el aire provocó la aparición de unos extraños glifos en la superficie de la bala, glifos que brillaban al rojo vivo. El proyectil cambió de dirección en el aire como si tuviera vida propia y zigzagueó entre los árboles hasta alcanzar la torreta del Tiger I emboscado en la maleza.

Una extraña nube con forma de hongo cubrió el lugar en el que instantes antes había estado un tanque alemán. Cuando se disipó, solo quedaba un cráter y algunos restos de metal chamuscado que brillaban en tonos verdosos.

—Tarde y mal —dijo el judío mientras el homúnculo reaparecía—. Ya no necesitamos tu información.

Atrapó al pequeño ser entre sus dedos y lo contempló mientras se debatía. En el rostro del homúnculo se esbozó algo parecido al miedo cuando el judío lo atrajo hacia su boca.

—De mi abrazo no puedes escapar, desgracia viviente.

El hombre abrió los labios y acercó la cabeza del homúnculo a ellos, el gesto de cariño de un padre con un hijo díscolo. No llegó a concretarlo. Abrió la boca, introdujo en ella la cabeza de la criatura y la separó del resto del cuerpo de un mordisco. Masticó con fruición mientras Puzov manipulaba los controles del *golem*.

Puzov se concentró en mantener un buen régimen de giro de los generadores diesel, trató de ignorar cómo la figura humanoide, tallada en una raíz de mandrágora, se debatía y crujía al ser devorada. Solo una vez levantó la vista del mapa que estaba consultando y se encontró con la mirada que le dirigía el judío desde detrás de sus gafas oscuras. Aquello bastó para terminar de revolverle el estómago.

Mientras tecleaba las coordenadas de su destino se contuvo para no desenfundar su *tokarev* y dispararle un cargador completo, cualquier cosa para no tener que soportar su olor, los ruidos de masticación, su presencia.

—Están cerca —los restos medio triturados del homúnculo caían por las comisuras de la boca del hombre, algo que provocaba arcadas a su compañero de cabina—. Puedo palpar la corrupción desde aquí.

Puzov hacía bien en evitar la mirada de su compañero de viaje. Si hubiera podido contemplar sus globos oculares probablemente no habría vuelto a articular una frase coherente en el resto de su vida. Las dos supernovas gemelas que se alojaban en su cráneo brillaban emitiendo luz en las longitudes de onda del odio, el miedo y el deseo de venganza. Sus padres, sus hermanos y, sobre todo, el rabí Loew serían liberados de su prisión. Había cambiado a Yahveh por Marx, pero no había olvidado sus raíces.

### III

El tren se detuvo emitiendo los espasmos y toses de un viejo reumático con una esperanza de vida despreciable. Cuando se abrieron las puertas los ojos de los pasajeros se cerraron, incapaces de adaptarse a la luz del sol. Se oyeron gritos de horror en el interior, alguien había descubierto un cuerpo muerto. Varios.

Los soldados les obligaron a bajar con gritos, con golpes. Los niños pequeños lloraban, las mujeres trataban de calmarlos. De pronto reverberó un disparo al aire procedente del arma de un oficial joven. Poco a poco los recién llegados formaron una fila temblorosa.

—Bienvenidos a Auschwitz —dijo el *Lagerführer*, su uniforme impecable, su sonrisa aterradora.

Entre la multitud de hombres y mujeres al borde del colapso destacaba un hombre anciano. Aún tenía restos de los pelos que se había arrancado de las patillas para evitar ser reconocido como rabino. A diferencia de los otros, él sí sabía cuál sería su destino más inmediato —trabajo, dolor, humillación y hambre— y con qué alimentarían sus verdugos las bocas de los hornos.

Sus poderes estaban casi anulados por la cruz gamada, el doble rayo y las calaveras de plata que le rodeaban por doquier. Dudaba que le permitieran, a él y a su familia, no ser gaseados el primer día. Del futuro, que en otro tiempo había sido fácil de leer, no sabía nada. Depositaba su esperanza en su sobrino y en todo lo que le había enseñado. Era el único que había escapado del gueto.

Separaron a los recién llegados en dos grupos: machos y hembras. Algunos niños lloraron al ser separados de sus madres. El rabino intentó calmar a los gemelos Scholem, los más desconsolados. Ni siquiera habían cumplido los siete años y los guardias del campo los consideraban ya adultos. Su padre los miraba impotente. No había que ser muy listo para entender que era un hombre roto. Sería de los primeros en caer, antes incluso que sus hijos pequeños.

¿Qué quedaría de ellos en unos días, a lo sumo meses? Nada, solo humo.

El rabino tuvo que fingir que le picaban los ojos. En el aire persistía el hedor que brotaba de los crematorios. La mayor parte de los reunidos era

incapaz de identificar su procedencia. Entre ellos había médicos y enfermeros que cubrían su rostro con pañuelos, con las manos, incapaces de aceptar la verdad.

Seleccionaron a gran parte de los hombres, los que estaban en mejores condiciones, formaron con ellos una nueva fila y los hicieron avanzar hacia uno de los edificios adyacentes. Comenzaron los llantos, las súplicas. Los *kapos* se movían entre ellos sin mirarles a los ojos, indicándoles dónde ir, qué hacer.

Hombres armados gritaban en alemán a los que quedaron en la otra fila que iban a llevarlos a las duchas. El rabino sabía qué tipo de duchas eran aquellas. Se despidió mentalmente de aquellos desdichados.

El rabino vio cómo le arrebataban a los gemelos. No hizo nada para evitarlo. Ya estaba todo perdido.

No podía mantener su influencia sobre tanta gente, el esfuerzo le estaba extenuando. Mientras afianzaba en voz baja las palabras místicas que tejían un hechizo protector se le acercó un *Totenkopf*. Sonreía, se balanceaba sobre unas largas y brillantes botas, la porra de madera manchada de sangre le colgaba del brazo. Pasó de largo, como si no existiera. Podría haberlo hecho arder con tan solo dos sílabas, pero eso hubiera supuesto descubrirse y morir.

Miró cómo los niños llamaban a su madre, a él mismo, su abuelo, mientras eran empujados a una larga fila de niños, de ancianos y enfermos que se ayudaban unos a otros a avanzar hacia la muerte.

Entonces lo sintió. Era como si mil agujas afiladas se le clavasen en la piel, como si todos sus poros desearan vomitar. Su presencia ofendía tanto a Yahveh como al Adversario, pues privaba al Cielo y al Infierno de las almas de los muertos. Y supo que él lo sentía también de igual modo. Max Schreck, el hechicero de Wisborg, autor de crímenes tan horrendos que los patriarcas de las grandes religiones habían decidido borrar su pueblo natal del mapa y cualquier referencia a su etnia y a su historia de los registros y libros sagrados.

Su anterior encuentro no había sido agradable. Loew había perdido a un amigo, Schreck había dejado atrás la mitad de su cara. Aunque le pesara, Loew debía reconocer que el agua bendita era útil para combatir a los engendros del mal.

Schreck avanzó entre los judíos como una aparición. La multitud se apartaba a su paso presos de una reacción inconsciente, un miedo atávico a la oscuridad que le acompañaba. Schreck ni siquiera advertía la presencia de aquellos seres juzgados y condenados, su atención se centraba en los niños. En los gemelos.

Loew fue obligado a avanzar hacia los barracones, empujado por soldados que no querían mirar a sus víctimas. Intentó mirar atrás, a sus niños, pero un golpe en el rostro se lo impidió.

Tuvo tiempo, eso sí, de ver junto a Schreck a otro hombre con bata blanca y corbata negra, sonriente, que acariciaba el pelo de uno de los gemelos.

Joseph Mengele.

El rabí Loew se sorprendió a si mismo cantando las viejas palabras de la creación, aquellas que nunca deben ser pronunciadas. Sus ropas comenzaron a humear y el pelo se le erizó de golpe. Loew se detuvo a mitad de pronunciar la última sílaba, la que hubiera convertido aquel campo maldito en un torbellino de muerte ardiente y le hubiera vuelto impuro a los ojos del Creador. Medio arrepentido, pero aún así ardiendo de furia, cambió las últimas sílabas, miró con intensidad a los gemelos y terminó la invocación. Se salvarían, a pesar de las torturas e iniquidades que sufrieran. La vida arraigaría siempre en ellos, al igual que el deseo de venganza.

La marea humana empujó al rabino rumbo a los barracones, lejos de los gemelos, de Mengele y de la presencia nociva de Schreck. Sólo entonces, cuando la corrupción del aire había quedado atrás, pudo respirar. Le llevaron a unas duchas, esta vez sí, auténticas, y le dieron un traje de tela de saco no sin antes tatuar su número de interno en el antebrazo derecho. Ya en su barracón, le asignaron una litera compartida con otros seis o siete hombres. El barracón estaba diseñado para menos de treinta ocupantes pero el número de hombres en el cuarto superaba los dos centenares. Había pasado desapercibido para las SS pero en el interior de aquella prisión inhumana advirtieron con rapidez su oficio.

No pocos de aquellos despojos humanos se acercaron hasta él, se arrodillaron a su lado y quisieron sostener sus manos entre las suyas. Incluso los *Muselmann*, yacientes en las oscuras esquinas de los barracones, le miraron con cierto brillo en los ojos. El rabí Loew estaba allí,

entre ellos, para devolverles la esperanza.

Loew dejó que aquellos hombres torturados se arremolinaran junto a él, que le abrazaran, que lloraran. Y mientras lo hacían, susurró plegarias largo tiempo olvidadas, plegarias destinadas a cambiar el mundo, ese mundo que había decidido deshacerse para siempre de los judíos.

Sin embargo sabía que Yahveh era un dios duro de oído, acostumbrado a dejar que el pueblo elegido luchase o sufriese por su inacción. Poco a poco el dolor de ver alejarse a los gemelos hacia el dolor y la muerte fue dando paso a una sensación más general de desesperación. Todos ellos estaban condenados, lo sabía, sin embargo él podía hacer que su muerte no fuese en vano. Construir *golems* había sido su pasión y había hecho el más perfecto de ellos, aunque su habilidad hubiera sido superada con creces por su sobrino. No era la única habilidad que le quedaba. Schreck se iba a encontrar más de una sorpresa saliendo de las fosas comunes.

## IV

El doctor miró con atención a su paciente, una joven romaní de apenas veinte años, de nariz prominente y tez desagradablemente morena para su gusto. Un parche le tapaba la cuenca del ojo derecho, cubriendo la cicatriz. Mengele estaba ansioso por comprobar si el trasplante había funcionado y si, como esperaba, la otra gemela era capaz de ver con su antiguo ojo. Eso si conseguía mantenerlas vivas y a salvo de las infecciones.

Últimamente estaba falto de material, por suerte habían llegado dos nuevos sujetos, dos niños idénticos que le miraban con cara de miedo. Sacó un caramelo de su bolsillo y se acercó a ellos.

—No os preocupéis, chicos. El tío Mengele os va a cuidar.

Los niños le miraron sin pronunciar palabra. Acostumbrado a rebeldías previas había ordenado que los desnudasen, los tumbasen juntos en una camilla y los mantuvieran atados con las cintas y las esposas de cuero. Verlos allí, tan quietos, tan juntos, enardecía su inspiración.

El doctor Mengele volvió su atención a las gemelas. Material defectuoso de partida, claro. Cuánto ansiaba poder trabajar con sujetos más predispuestos, más resistentes, pero en el campo, por mucho que quisiera, no abundaban las oportunidades. La joven abría y cerraba la boca, parecía querer decir algo. Se alegró de haber extirpado la lengua a aquella molesta criatura.

No iba a poder obtener mucho más de las dos hembras. Dejó durante un instante a los gemelos y volvió con ellas. Con una larga aguja inyectó una burbuja de aire justo en el centro de sus corazones, una tras otra. Morirían, a no ser que la válvula que les había implantado en la femoral funcionase y detuviese la embolia. No confiaba en ello.

Los gemelos, adoraba a los gemelos. El mismo material genético, idéntico. En teoría sus órganos eran intercambiables. Podía estudiar cien, mil maneras diferentes de probar sus métodos de modificación genética usando siempre uno de ellos como testigo.

Parecían tan sanos, tan llenos de vida, que sintió una profunda emoción cuando tomó el equipo de cirugía y lo desplegó sobre la mesa.

No sabía exactamente qué experimento probar con ellos. Los niños, por desgracia, no soportaban bien los más radicales. No es que los adultos

fueran mucho más resistentes, pero el porcentaje que completaba el tiempo de observación era mayor. Por otro lado, los niños podían servir para estudiar el desarrollo de los órganos internos y su tamaño reducido les hacía interesantes en algunas cirugías reconstructivas particularmente difíciles. Lo cual le recordó que había dejado a uno de los Ovitz en la bañera. Al pobre enano le castañeteaban los dientes cuando llegó. La congelación era irreversible en la pierna derecha hasta la rodilla.

A pesar de ello, le dejó allí dentro, cubierto de agua hasta el pecho, ignorando la súplica que anegaba sus ojos. Ya vendrían después los chicos de la limpieza a recogerle, su tiempo había terminado.

Volvió su atención a los nuevos gemelos. Eran tan hermosos, tan ajenos al campo de concentración. Supo entonces que con ellos haría algo excepcional. Algo único. Una criatura nueva, una forma de vida distinta. Max Schreck estaría orgulloso. Ah, sí, sería un trabajo especial, un trabajo para el nigromante. No se limitaría a modificar sus cuerpos, también modificaría sus almas.

—Empecemos —dijo en voz alta.

Los gemelos temblaron.

No era partidario de usar anestesia, aunque había casos en los que inevitablemente debía hacerlo, como al practicar una incisión en el abdomen. La tensión de los músculos abdominales dificultaba recolocar los intestinos dentro de la cavidad. Se detuvo durante unos instantes mirándolos. Sí, podría ser. Tenía el esquema claro en la mente. Sujetó uno de los brazos por el radio, apoyó la rodilla en el hombro y tiró hasta descoyuntarlo. Recordó en ese instante lo necesario de las mordazas que, con la emoción de un nuevo trabajo, había olvidado colocar.

Al mismo tiempo el rabí Loew se derrumbó sobre el suelo de madera del barracón y se mordió la lengua para evitar gritar mientras se sujetaba el hombro con una mano.

Sus compañeros de cautiverio no pudieron mantenerse en silencio. En menos de veinticuatro horas la presencia del rabino les había conferido unas fuerzas que nunca hubieran creído tener. Incluso alguno de los *kapos* del campamento había tomado buena nota del extraño brillo en los ojos con el que los miembros del barracón trece se habían presentado a trabajar por la mañana. Para aquellos hombres despojados de esperanza la presencia del

rabino había sido la única buena noticia durante su estancia en el infierno. Ver caer sin motivo aparente a su nuevo Mesías era el mayor de todos los tormentos a los que les habían sometido desde su llegada a Auschwitz.

Los aullidos de aquellos hombres desesperados alertaron a los alemanes. Varios soldados entraron en el barracón y se abrieron paso empleando sus armas. A cada golpe de las duras culatas de nogal de sus máuseres, abrían una cabeza cuyo propietario caía sobre la tarima ennegrecida. Ya tendrían tiempo después de recoger aquellas carcasas vacías y llevarlas a las fosas comunes, lo que deseaban en ese momento era llegar hasta el hombre que, tumbado sobre los tablones, murmuraba una letanía insidiosa e incomprensible.

Lo arrastraron al exterior del barracón. Para ello tuvieron que derribar a casi todos aquellos muertos en vida, vestidos con trajes a rayas, que se les oponían con sus escasas fuerzas. No les importó. Solo se trataba de judíos, y ellos obedecían órdenes directas del nigromante.

## V

Afuera era verano, más de treinta grados que calcinaban la estepa a los alrededores de Moscú. A pesar del sol, de los amplios campos de trigo y del cielo muy azul, el clima en el interior del Kremlin parecía de octubre. Los altos mandos militares, los subsecretarios, hasta los conserjes caminaban con la mirada baja, intentando que sus pasos apenas resonaran en los enormes pasillos.

—Puzov, me alegra verle por aquí.

El Comisario del Pueblo para los Asuntos Exteriores salió de la antesala de Stalin cargado con un grueso maletín de documentos. Puzov se levantó y saludó militarmente.

—Camarada Molotov.

—Joseph me ha hablado muy bien de usted, está muy ilusionado con su nuevo proyecto.

Un cierto temblor trepó por las vértebras de Puzov al oír la referencia al Secretario General del Partido. Su padre, rígido por la congelación, había sido enterrado bajo la nieve siberiana por su falta de ortodoxia y su adhesión, supuesta o no, a los preceptos herejes del traidor Trotsky. Le había costado el doble de tiempo y el doble de esfuerzo que a cualquier otro cadete llegar a su actual posición en el Ejército Rojo, había logrado que le destinaran al frente al mando de una brigada de carros, dónde se había curtido peleando contra los correosos alemanes y sus extraordinarias máquinas. Su recompensa era haber sido destinado a la lejana Kharkov, al departamento de investigación militar, trabajando codo con codo con los creadores del T-34, intentando mejorar lo que ya era una obra maestra, lejos de la acción, del frente, de la batalla.

Había acudido a aquella reunión con la esperanza de que sus sugerencias fueran aceptadas y que, de ese modo, se acortase el tiempo que le quedaba hasta volver al frente. Al parecer así había sido.

—Yo... estoy muy agradecido... —dijo, pero calló cuando Molotov alzó la mano.

—No es necesario, Puzov, no es necesario. Lo que nos ha mostrado es fascinante. Usted y yo sabemos que la máquina no es sólo mecánica, que en su interior alberga homúnculos y otras criaturas cuyos nombres ni

siquiera deberíamos conocer, pero es evidente que las mejoras que sugiere son más que deseables para pilotarla.

Puzov asintió. ¿Qué más podía hacer? De pronto todo parecía estar encauzado hacia donde debía.

—Usted la pilotará —dijo el Comisario.

Las piernas casi le fallaron cuando escuchó aquella frase, pronunciada de un modo casual. Siberia representaba una opción mejor que conducir aquel engendro. Sin tiempo para protestar, se dio cuenta de que habían llegado a las lujosas puertas que daban acceso a la guarida del segundo hombre más peligroso del planeta.

Junto a la bandera roja con la hoz y el martillo y bajo la mirada adusta de un retrato de Lenin, Josef Stalin leía un documento. Cuando les vio entrar se levantó sonriendo, algo raro en él.

—¡Puzov! Por fin llega. El camarada Molotov le habrá puesto al corriente, espero.

—Sí, señor.

—Las esperanzas de la URSS pesan sobre sus hombros. No puede fallarnos.

—Pero, señor, dependo del judío para que todo funcione. ¿Qué sucederá si deja de colaborar?

Stalin sacó un cigarro de su pitillera, sin dejar de sonreír y de mirar a Puzov. Era un tanquista, había enfrentado a la muerte en más ocasiones de las que recordaba, aún así se le estaba helando la espalda al mirar a aquel hombre atildado, que se alisaba el uniforme y fumaba con calma. Si él lo dictaba, su carrera, su vida, se evaporarían como volutas de humo.

—No se preocupe, teniente —se le veían los dientes brillar tras los gruesos bigotes—. El judío está atado a nosotros con cadenas forjadas por algo más fuerte que acero: la sangre y la venganza.

Molotov asintió. Puzov buscó en su rostro la tranquilidad que le eludía, pero el Comisario mantenía la mirada baja. Así que allí estaba, un don nadie ante el mismísimo Stalin, tratando de comprender qué era exactamente lo que la Madre Rusia esperaba de él.

—No quiero entretenerle más —dijo Stalin, invitándoles a abandonar su despacho con un gesto—. Acuda junto al judío, muéstrese solícito y gánese su confianza. ¿Quién sabe si en un futuro necesitamos algo más de usted

que la simple obediencia?

Puzov salió del despacho incapaz de controlar el temblor de sus manos, pensando si su padre se sentiría orgulloso de él o que, sin embargo, se estaría retorciendo en su tumba helada.

De vuelta a Kharkov, en el tren, Puzov miraba sin ver los interminables campos de trigo de la estepa y los imaginaba llenos de enormes *golems* que recogían el trigo sin esfuerzo, liberando a los hombres de ese penoso trabajo. El monstruo que estaban construyendo tendría que servir para algo más que la muerte y la destrucción. Esta sería la guerra que terminaría con todas las guerras, si lo que decían los líderes del partido era cierto.

Ni el mismo se creía esas palabras.

El tanquista durmió mal sobre los asientos de madera, acunado por el interminable traqueteo de la vieja máquina. En su sueño los *golems* recolectores quemaban el trigo y destrozaban con sus cuchillas a los hombres que los rodeaban. Todos ellos tenían los ojos del judío.

Llegaron a Kharkov al atardecer. Desde el tren Puzov contempló con pesar las ruinas de la ciudad, testamento macabro de las cuatro batallas que habían convertido la orgullosa capital de la República Socialista de Ucrania en una escombrera bajo la que reposaban cien mil cadáveres. La resistencia había sido fútil, ni siquiera la ayuda del General Invierno había impedido que se convirtiera en la principal víctima de la *blitzkrieg* alemana. La mayor parte de la industria pesada, especialmente las fábricas de los T-34, había sido evacuada a los Urales, pero los habitantes de la ciudad no habían corrido la misma suerte.

A pesar de su cercanía al frente, el judío había elegido esa ubicación para desarrollar su proyecto.

Nada más abandonar la estación Puzov se subió a un coche preparado para él. Tenía una cita con Scholem.

El conductor no habló durante el trayecto.

Puzov tampoco.

En los últimos meses todos ellos, camaradas de armas, vecinos, amigos, parecían encogerse, alejarse de los demás. Refugiarse en su propio interior maltratado. La guerra había pisoteado sus almas, había roto los débiles lazos que les unían. Ahora los hermanaba la muerte, la desolación, el vodka. Puzov no logró apartar de su mente aquellos pensamientos

sombríos. Dejó que el ronroneo del motor del coche y la calefacción le acunaran, pero no se durmió.

Temía volver a encontrarse en sus sueños con Scholem.

A Puzov lo recibió el estruendo de hierro retorcido y el olor acre del acero recalentado. He vuelto a casa, se dijo resignado. Al fondo de la enorme factoría se veían los chispazos cegadores de inmensas cantidades de electricidad siendo descargada de bobinas tesla tan grandes como un edificio.

—Atrás. Suéltalo, monstruo.

Era la voz del judío imponiéndose a duras penas al estruendo. No estaba preparado para lo que vio al asomarse a la pista de ejercicios. El golem, arrinconado contra una esquina por las descargas que le lanzaba el judío, mantenía entre las enormes zarpas el destrozado chasis de un T34. Comenzó a gritar al ver a Puzov.

—¿Qué haces ahí parado? ¡Sal del recinto sagrado!

El gigantesco ser de acero y metal se revolvía intentando librarse de los grilletes invisibles con los que Scholem doblegaba su voluntad. A Puzov no le hacía falta ninguna advertencia, tenía más que claro que aquel no era su lugar. Pocas veces se adentraba en la zona más profunda de la fábrica ya que, según Scholem, ningún gentil debía hacerlo. El hecho de que él hubiera renunciado a su Dios no era tan importante, por lo visto. Los treinta mil espíritus de judíos muertos a manos de los alemanes y enterrados en el barranco de Drobytsky Yar lo aceptaban todavía como uno de los suyos.

Mientras el judío trazaba sus signos cabalísticos sobre una imposible pantalla en el aire, Puzov retrocedió y se escabulló entre las sombras. Arriba, en las gradas metálicas, se agrupaba una docena de mecánicos, en silencio, aterrados. Puzov vio desde su refugio improvisado sus rostros cerúleos, sus miradas. Estaban presenciando un milagro: el milagro de la vida. Una criatura mecánica del tamaño de un edificio animada por la fuerza de voluntad del judío, una monstruosidad capaz de triturar los T34 como si fueran juguetes de niños.

—Y quieren que yo lo pilote... —susurró Puzov, incapaz de controlar sus emociones contrapuestas.

En el suelo del foso de cemento había dibujado un enorme *menorah*, el candelabro de siete brazos judío, al que rodeaban letras hebreas y símbolos

cabalísticos. El *golem* era un gigante aterrador, acero animado y ardiente que olía a fragua y a queroseno. La figura tenía una rendija desde la que le miraba una luz trémula, azulada. El judío gritó algo en hebreo y la luz azulada se apagó. De las manos del gigante se desprendieron los restos del T34 que cayeron con estruendo al suelo de cemento.

Puzov bajo de la grada. Sholem se le acercó con su paso encorvado, vacilante. Le habló a la vez que se levantaba las gafas de soldador

—¿Qué tal en Moscú? ¿Tendremos prisioneros alemanes?

Vaciló al responder. Era cierto que aquellos hombres habían pretendido matar a cuanto ruso vieran y que muchos habían cometido atrocidades inimaginables con la población de las ciudades tomadas. Era cierto, sí, pero usar a los prisioneros de aquella forma, por mucho que en el campo de batalla les hubiera arrancado gustoso el corazón con un cuchillo mellado, no era lo adecuado. No, no lo era.

—La mayor parte son rumanos, polacos, españoles... Hay algunos alemanes, y la mayoría quieren intercambiarlos por rusos, pero nos han prometido que reservarán algunos culpables de crímenes de sangre para nosotros.

—Excelente. Mis niños necesitan conocer su olor para buscarlos en la batalla.

Sus niños, aquellas criaturas dementes que surgían de la nada cuando el judío las convocaba, que se abalanzaban sobre los prisioneros con las bocas abiertas y las uñas afiladas. No, no era el olor lo que necesitaba esos malditos homúnculos. Era algo más, algo indefinible que solo obtenían con sangre y dolor. Algo que Puzov no quería llegar a conocer.

## VI

Cuando cumplió los cinco años su abuelo le regaló su primera arma de fuego. Ya habían salido a cazar juntos antes, ya habían compartido momentos de paz y sosiego en los bosques. En aquellas primeras ocasiones Vasili no abatía a las piezas, se limitaba a observar los movimientos de su abuelo, a admirar su habilidad como cazador. El resto de la familia decía que el abuelo estaba loco, que prefería su viejo fusil a su mujer. Su nieto era el único que parecía entenderlo, que tocaba la madera de aquella arma con veneración.

No era de extrañar que de aquellos momentos compartidos, de aquella intimidad entre ambos hombres, Vasili heredara la pasión y por las armas, un sentimiento íntimo, una especie de religión de dos hombres y un fusil, uno luego de que el abuelo muriese.

Cuando empezó la guerra Vasili, alistado en la Marina, no dudó en ofrecerse como voluntario para formar parte de lo que consideraba la élite: los francotiradores. Destinado a Stalingrado, su presencia en el conflicto resultó perturbadora para el ejército alemán. No solo debían enfrentarse al Ejército Rojo; también debían evitar que aquel tirador experto, aquel fantasma mimético capaz de permanecer días inmóvil, los abatiera. Pronto surgieron los rumores, los cuentos de viejas en noches frías que se dedicaban a encumbrar al héroe. Vasili parecía inmune al halago. Silencioso, casi hosco, continuó con su trabajo como francotirador, pero no se limitó a matar hombres. Instruyó a otros como él y pronto se convirtieron en la mayor pesadilla de la Alemania nazi en aquellas ruinas malditas, sembradas de cadáveres.

Vasili fue condecorado en varias ocasiones. Las palabras de sus superiores, la propaganda que los exaltaba y elevaba a la categoría de héroes míticos, eran un acicate para sus hombres. Se contaban por cientos los soldados y oficiales alemanes que habían cazado. Pero Vasili no parecía haber cambiado un ápice, seguía siendo el campesino analfabeto y retraído que solo sonreía cuando tenía un fusil de precisión en las manos.

Vasili oyó hablar por primera vez del hechicero de Wisborg en Stalingrado. Una conversación casual entre dos soldados alemanes junto al muro derruido bajo el que se ocultaba. Lo que aquellos hombres dijeron

nunca lo reveló, pero cuando volvió a oír su nombre, mencionada por uno de sus superiores, abandonó la sala visiblemente alterado. Para sus compañeros fue una sorpresa descubrir que aquel hombre frío, sereno, tenía miedo. Miedo de un nombre.

Tras el asedio a Stalingrado los alemanes perdieron parte de su confianza, pero no cejaron en su empeño: reducir a cenizas a la Unión Soviética. Para ello decidieron llevar a Schreck al frente. Si en Stalingrado habían sido derrotados por artes que desconocían, por fantasmas armados de fusiles que les enviaban balas que nunca fallaban ¿por qué no recurrir a ellas para recuperar el terreno perdido? Cuando Vasili y sus hombres fueron llamados y se les comunicó que deberían tratar de acabar con la vida de Schreck, Vasili, el laureado francotirador se negó. Estaba aterrado. Era incapaz de afrontar aquella misión. Sus hombres se contagiaron de aquel pánico sin sentido. Ninguno se atrevería a disparar al hechicero. Antes desertarían.

—¿Acaso todos mis hombres son unos cobardes? —preguntó Stalin a su alto mando en una reunión informal.

Nadie supo qué responder. Nadie excepto el judío, aquel hombre perverso, aquel hombre que era más que un hombre y al que los se le permitía vivir solo porque les había demostrado su poder y su deseo de venganza.

—Quizá estemos cometiendo un error —dijo.

Y los hombres que le acompañaban escucharon, pues cuando el judío hablaba, todos mostraban su respeto por mucha repulsión que provocara en sus almas.

—¿Y cuál es ese error? —preguntaron.

—Quizá no deban pensar en un hombre. ¿Acaso podría un hombre acabar con la vida de una criatura impía como Schreck?

—¿Quién entonces? —dijo Stalin.

Pero el judío no tenía la respuesta. Ninguna de sus criaturas podía ofrecerle al Politburó lo que demandaba. Querían un héroe, alguien a quien el pueblo pudiera aclamar, alguien que devolviera la esperanza a los niños hambrientos, a las madres abandonadas, a los soldados que tiritaban de frío en las trincheras del frente.

Trajeron bebidas y algo de comer, pues la reunión se alargó hasta la

noche. Había mucho de lo que hablar. La desertión de la unidad de francotiradores era solo un tema más dentro de la Gran Guerra, en la que los alemanes y los japoneses continuaban sin dar un respiro y asfixiaban al ejército ruso.

En un descanso Stalin salió y se dirigió al servicio.

—Andrei Baciú —le dijo un soldado con el que se cruzó.

—¿Qué?

—Andrei Baciú. El francotirador. Él abatirá a ese monstruo.

Stalin quiso responder, pero no supo qué decir. El soldado que le había hablado llevaba el traje sucio y portaba un rifle con mira telescópica a la espalda. Debía rondar la veintena, pero algo en sus ojos le decía que era mucho, mucho más viejo.

—Andrei Baciú —dijo el soldado por tercera vez—. Él es la encarnación física de los trabajadores explotados por su patrón, el avatar de la venganza proletaria, la representación de la muerte de la burguesía hecha carne.

Stalin miró al soldado tratando de entender cómo había llegado hasta allí. Aquel joven le miraba con admiración y le hablaba con deferencia. No había amenaza en sus ojos, sino sabiduría. Stalin se sentía confuso, mareado. No lograba enfocar completamente el rostro de su interlocutor, sus facciones cambiaban, eran como niebla.

—¿Dónde... dónde podría encontrar a ese hombre? —preguntó.

—No será necesario, camarada. Él acudirá. Siempre lo hace cuando el pueblo le necesita.

Stalin cerró los ojos, se apoyó en la pared para no perder el equilibrio. Cuando los abrió, el soldado había desaparecido.

## VII

Max Schreck contempló a la criatura amarrada al árbol. Enjuta, de piel pálida, sus enormes ojos destacaban en su rostro como profundos lagos en el desierto. Las cuerdas se hundían en su carne flácida cuando la criatura, un poco más alta que un gato, se retorció y trataba de liberarse.

—¿Qué es, señor? —preguntó un soldado a su espalda.

—Homúnculo —respondió Schreck sin mirarle.

Un homúnculo, creado por la maldita magia cabalística judía. Un homúnculo enviado hasta allí para espiarles, para conocer sus movimientos. Astuto y torpe a la vez. Schreck se incorporó, se acercó a uno de los oficiales.

—Estamos cerca —dijo.

El soldado que había encontrado a aquel ser husmeando en las cercanías del campamento se mantenía rigurosamente firme, a dos pasos a la espalda del hechicero de Wisborg. Como quién hace un gesto casual, Schreck hundió el dedo índice y el medio en los ojos de la criatura que comenzó a gritar de dolor con una irritante y aguda voz. Al hacer palanca con los dedos, los ojos salieron de sus órbitas con un siniestro "plop".

—Así no nos verán.

Los soldados y los oficiales miraron al bosque, oscuro y silencioso.

—*Hauptsturmführer*, suéltelos, que se den un festín con lo que encuentren por el bosque esta noche.

—Enseguida, señor. —Los ojos celestes del capitán vibraron mostrando algo demasiado cercano al miedo. Fue solo un breve instante, acobardarse ahora era indigno de un verdadero ario. Se giró bruscamente, buscó a los hombres más prescindibles del pelotón— ¡Schneider! ¡Kruspe! ¡Ya habéis oído!

Los dos soldados exteriorizaron su pavor con menos remilgos que su superior. Era una de esas ocasiones en las que el castigo por desobedecer la orden no parecía peor que cumplirla, hasta que miraron la esmeralda en el rostro quemado de Schreck. Aquel hombre podía hacerle cosas aún más terribles que lo que les esperaba a doscientos metros.

Caminaron con deliberada lentitud, querían tardar lo máximo posible. Del contingente de *Sonderkommandos* que habían traído para esas tareas

ya no quedaba nadie. En cuatro ocasiones precedentes otros tantos compañeros habían recibido las mismas instrucciones que ellos y el recuerdo de sus cadáveres les provocaba todavía violentas arcadas. A pesar de todos los remilgos y los pasos cortos y morosos con los que se desplazaban, se acercaban a los camiones nevados hasta que, al fin, llegaron a ellos.

Kruspe sacó el manojito de llaves que le había dado el capitán, haciéndolas tintinear por culpa de los nervios. Abrió el candado y las portezuelas del primer camión se abrieron dejando escapar una vaharada de aire caliente y fétido. Docenas de ojos vacíos, huecos, sin más sentimiento que un hambre preternatural, los contemplaron desde el interior. Los primeros experimentos allá en Auschwitz, los desgraciados habitantes de los pueblos que habían tenido la mala suerte de encontrarse en la ruta de la caravana, hasta los compañeros caídos en el camino se encontraban hacinados de cualquier manera en el remolque, vestidos con tela de saco y con las mandíbulas cubiertas por un bozal de cuero y acero.

—Corre, Kruspe

Aquellas palabras las gritó su compañero mientras se refugiaba en lo alto de un transporte semioruga repleto de hombres de la SS. Pero el soldado no podía moverse; los ojos brillaban en la oscuridad, tanto que parecían estrellas lejanas y maravillosas, luces en el cielo muy oscuro de su niñez. Y las luces le susurraban. Quería oír lo que le decían. El miedo había desaparecido sustituido por algo parecido a la perplejidad.

—¡Kruspe!

—¿Qué queréis?

Los seres reptaron, se movieron en el interior de la caja del camión, que osciló al flexionarse las ballestas de la suspensión. Se escucharon uñas afiladas rayar el acero, el chasquido de algo semejante a cepos húmedos y un ronroneo profundo, que hacía retumbar el pecho de los soldados, que se les metía en el cerebro y les obligaba a taparse los oídos.

—Kruspe...

Los seres comenzaron a moverse más deprisa, animados por la cercanía del soldado. Salieron del camión y se abalanzaron sobre él. En seguida le cubrió una densa masa de carne torturada, de miembros delgados y deformes, de cabezas con mechones de pelo quemado, con ojos

hundidos en las cuencas. Las uñas y los dientes comenzaron a rasgar y romper y el soldado gritó hasta que una mandíbula le arrancó la garganta y unos dedos de uñas sucias y afiladas penetraron en su cavidad torácica en busca de su corazón, rasgando los pulmones a su paso.

Algunos de los compañeros de Kruspe intentaron desviar la mirada, muchos no pudieron. En segundos solo quedó sobre la nieve un manchurrón de sangre muy roja, de restos de vísceras, de huesos amarillos rotos y expuestos. El grupo de seres deformes, acabada la comida, comenzó a husmear el aire, a reptar sobre la nieve. Algunos de ellos se acercaron al semioruga al que estaban encaramados los soldados, veteranos todos ellos de una larga guerra y asustados como viejas. Uno de ellos amartilló el subfusil. Schreck hizo una seña leve con una mano y el soldado bajo el arma. Las criaturas se giraron rotando sobre articulaciones rotas, dislocadas, imposibles. Algunos no tenían ojos, otros no parecían tener más que boca, y todos siguieron el invisible tirón de las correas que los unían al hechicero. Abandonaron a los soldados y se dirigieron al bosque, primero andando, luego corriendo, gritando, ululando, saltando sobre rocas y pinos en busca de alimento.

El hechicero miró con ojos helados a los soldados refugiados en el transporte blindado. Sin decir una palabra se acercó a los restos de Kruspe. Algunos dijeron que le vieron mover los labios, pero no escucharon palabras sino crujidos de ramas rotas, huesos secos golpeando unos con otros, piedras quebrándose por el hielo. A continuación se agachó sobre los restos del soldado, posó una mano sobre su boca torcida y de labios rotos y luego, goteando saliva verdosa, la colocó en lo que quedaba de la mandíbula del cadáver. Al instante los restos fueron iluminados por un rayo de sol que nadie supo de dónde vino en un cielo tan nublado y el cadáver comenzó a levantarse. Goteando sangre aún caliente, se internó en el bosque.

Schreck miró a sus hombres con la máscara de carne muerta que era su rostro. Ninguno pudo aguantar la mirada.

La horda de muertos vivientes se desparramó entre los árboles, sobre la nieve, como una plaga. A cada paso que daban el suelo se teñía de rojo. Lo que había sido en un inicio una marabunta de gritos desesperados se había reducido a una bruma de susurros. Ya no eran galgos persiguiendo a zorros, ahora acechaban en el bosque como lobos hambrientos. Sus pasos

torpes, erráticos, no evitaban que avanzaran en silencio, sabedores de que si querían saciar su hambre tendrían que hacerlo contando con la manada, en grupo, por sorpresa. Desconocían a qué debían enfrentarse y, en su mente perturbada, modificada por los oscuros designios de Schreck, apenas podían concebir la guerra en la que estaban envueltos. Aún así quedaba en ellos un poso de obediencia hacia su creador, una orden grabada a fuego en sus cerebros consumidos que les obligaba a controlarse, a actuar según los designios del nigromante.

Los homúnculos los vieron llegar con pavor. Ocultos en los intersticios de las rocas, en las ramas quebradas de los árboles, fueron conscientes de su presencia por el hedor a muerte que los precedía. Muchos de ellos huyeron con la excusa de comunicar la presencia de los no muertos en el bosque. Los que se quedaron contemplaron a los cadáveres caminar a su lado, buscándolos. Contemplaron cómo olfateaban el aire, cómo sus cuerpos maltrechos pugnaban por sostenerlos mientras avanzaban hacia sus víctimas. Vieron la muerte caminando y callaron, temerosos de ser descubiertos, pues nada ni nadie vivo podría hacer frente a aquella carne muerta.

Nada ni nadie, excepto el judío.

## VIII

Los homúnculos más voluntariosos o más cobardes habían llegado para avisarles, pero no era necesario. Puzov y Scholem ya habían visto a través de los ojos de sus hermanos la marea de muerte y corrupción que se cernía sobre ellos. Puzov, un ateo convencido, no pudo evitar santiguarse al ver la horda de cadáveres redivivos y putrefactos. Había formado parte de las primeras brigadas de tanques que habían liberado Stalingrado, donde había visto prodigios y muertos suficientes para tres vidas, pero ni en su pesadilla más delirante habría podido imaginar aquel horror.

Scholem, en cambio, no dejó traslucir ni un simple gesto de asombro. Al contrario que su acompañante llevaba toda una vida preparándose para este momento. Bien era cierto que nunca había visto a un reanimado pero en las largas noches sin dormir estudiando los tomos gastados del rabí Loew había conocido horrores sin nombre que palidecían al lado de aquellas criaturas. Horrores que Schreck convocaría si él no se lo impedía, igual que había hecho su maestro. Había abandonado a su familia y a su Dios, pero su nueva fe no le permitía dejar paso libre a aquellas aberraciones.

—Libera las semillas.

Puzov accionó una de las múltiples palancas del centro de control, indistinguible del resto para el profano. Con un crujido el vientre del tanque se abrió, dejando salir la carga que alojaba en la bodega. Con pasos torpes y vacilantes sus ocupantes, una decena de figuras humanoides de vientres hinchados, con taladros por brazos, salieron al exterior. Su piel de arcilla, tatuada de glifos hebreos, brilló con una mortecina luz roja al contacto con el sol. Las trece semillas se dispusieron formando un gigantesco *aleph* sobre la nieve, antes de clavar sus brazos en el suelo, en busca una veta extraña en la corteza terrestre. La tierra comenzó a retumbar menos de un minuto después, como un gigantesco tambor de guerra que llamaba a los soldados que iban surgiendo de su interior a la batalla.

Crecían por centenares. Eran copias burdas de seres humanos, con brazos toscos acabados en puños deformes. La clase de muñeco que los niños de la escuela modelan con plastilina. Sin embargo estaban hechos de roca volcánica y eran tan altos como un hombre subido encima de otro. Se movían al unísono, vacilantes primero y más confiados después. Las

semillas, impasibles, siguieron horadando el suelo. Ese era solo el primer batallón, pero para vencer a la magia impía iban a necesitar muchos más.

Andrei esperaba.

Si había algo que sabía hacer era esperar. Sostenía entre sus manos enguantadas el rifle con mira telescópica y esperaba. Sentado en una incómoda posición entre las ramas altas de un árbol cubierto de nieve, había dejado transcurrir la última hora en completa inmovilidad, observando. Por supuesto los había oído. Sabía que ya venían, que esas criaturas muertas caminaban sobre el manto blanco manchándolo con sus propios fluidos putrefactos. Sabía también que esa no era su guerra. Los muertos lucharían contra las criaturas de locura convocadas por el judío. Y la victoria dependería de arcanos poderes más allá de su entendimiento. Andrei no estaba allí para matar a lo que ya no vivía.

Andrei había venido por el nigromante.

Sabía que él era solo una pieza más, un francotirador con una larga lista de víctimas, laureado, condecorado y respetado por los suyos, pero solo era una pieza más. Prescindible. Sabía que fracasaría, pero le habían ordenado que disparara al nigromante. En su rifle había introducido una bala especial, una bala negra con signos cabalísticos grabados a fuego sobre su piel metálica. Una bala que latía como un corazón humano cuando la sostenía en su mano.

Una de las criaturas muertas caminaba bajo su árbol. Andrei ni siquiera la miró. Oyó su murmullo gutural, el hedor que exudaba llegó hasta sus fosas nasales, pero Andrei no se movió. Pensaba. Era la primera vez que le ordenaban disparar a un blanco concreto. Siempre se habían limitado a ofrecerle un destino, un territorio que sintiera como suyo, y ordenarle que matara preferentemente a oficiales de alto rango. En esa ocasión la orden no era matar al nigromante, solo dispararle.

Por eso Andrei sabía que fracasaría.

De alguna forma tenía la certeza de que su bala no acabaría con la vida de aquel hombre, y si un disparo suyo no conllevaba la muerte de su blanco, era un fracaso. Además cuando disparara delataría su posición. Sabría quién le había disparado. No podría escapar.

Andrei oyó los pasos erráticos de otro muerto. Otro más le seguía. A lo

lejos, aullidos de gargantas que hacía ya mucho tiempo que debieron dejar de emitir sonidos, formaban un espantoso coro de dolor. Ya estaban cerca. Andrei se preguntó si el judío estaría preparado para luchar contra esa horda de carne putrefacta.

Seguro que sí.

Todos estaban preparados para lo que se les venía encima, y todos fracasarían. Por eso estaba él allí.

Al paso de la horda impía la nieve virgen se convertía en un lodazal pisoteado, imitando el efecto de los conjuros de Schreck sobre la piel de los desgraciados que habían sido reclutados en su ejército maldito. El hechicero había demostrado un desconcertante igualitarismo. No todas sus víctimas eran judíos. Comunistas, romaníes y homosexuales habían sufrido la misma suerte. Y lo mismo podía decirse de los pueblos que se encontraban en la ruta de aquel convoy condenado. Todos, sin distinción de etnia o nacionalidad, habían perdido todo cuanto tenían, alma incluida, para convertirse en títeres esclavos en manos del hechicero de Wisborg. Lo único que quedaba en la cáscara vacía de su cerebro era la orden que su amo les había dado: destruid al enemigo.

Por eso no vacilaron cuando se encontraron frente a la silenciosa armada que se les oponía. Ni siquiera se plantearon qué eran aquellos seres de facciones hieráticas que se movían por el bosque en dirección opuesta. Se lanzaron entre aullidos a por ellos, dispuestos a alimentarse de su carne y saciar así el hambre infinita que les dominaba.

Los *golems* apenas reaccionaron cuando les vieron cargar. Ciegos e idiotas, aquellos seres de arcilla no se detenían cuando encontraban un árbol a su paso, simplemente lo derribaban de un puñetazo. Lo mismo hicieron con el ejército impuro. Los huesos mal soldados de los muertos se quebraban como madera podrida tras cada golpe. Los *golems* eran lentos y mucho menos numerosos, pero los dientes y uñas no podían penetrar su epidermis de arcilla. Alguno caía, vencido por el peso de diez enemigos, pero ni aún así lograban matarlos. Tan solo se quedaban boca arriba, manoteando inútilmente como galápagos volteados en una playa de nieve, hasta que un compañero lo volvía a levantar. Pronto la mayor parte del ejército alemán había vuelto al reposo que nunca debió abandonar.

Algunos homúnculos que se habían escondido entre la maleza grababan el combate, retransmitiéndolo en directo para los ocupantes del monstruoso tanque soviético. Scholem sonreía, si es que podía llamarse sonrisa a aquella mueca desquiciada que se apoderaba de su rostro cuando sus previsiones se cumplían. Puzov, en cambio, tenía que apartar la vista de las pantallas. Ni en sus más oscuras pesadillas fruto del vodka mal destilado, aquellas en las que el fantasma de su padre le mostraba los tormentos a los que había sido sometido en Siberia, había visto una escena semejante. No vomitaba porque ya no le quedaba nada en el estómago.

—No pueden hacer nada contra mis *golems*.

La baba de Scholem caía sobre el tablero de acero cubierto de diales y palancas. Puzov apartó la vista e hizo cambiar de posición al gigante. Las orugas chirriaron al avanzar, triturando la nieve y las piedras que esta escondía debajo. Desde la nueva posición podía ver el horizonte más allá del bosque. Había incendios por doquier y de las ciudades arrasadas ascendían hacia el cielo densas humaredas negras. No quedaba nada de su tierra, solo muerte y desolación. Apretó los dientes cuando una nueva oleada de muertos vivientes comenzó a salir de la oscuridad. Se dio cuenta de que habían cambiado de táctica en cuanto los vio acercarse a los *golems*, esquivar sus torpes pero demoledores puñetazos y pegarse a sus piernas o sus espaldas. El primero de ellos estalló en pedazos y la explosión le arrancó una de sus piernas al *golem* y lo derribó.

—No.

Scholem ya no sonreía.

El bosque se llenó de explosiones devastadoras. Allá dónde se producía una, surgía un surtidor de sangre putrefacta, miembros medio descompuestos y arcilla reventada, convertida en tierra. Puzov manejó el telescopio acoplado a un saliente de la cabina. Se fijó en uno de los cadáveres: tenía sujeta al pecho una mina antitanque con el detonador hacia afuera. Bastaba con una presión sobre el cilindro metálico para que se activase.

—Oh, mierda.

Puzov activó las ametralladoras DshK de 108 mm que sobresalían de la cintura del gigante justo cuando la primera horda de muertos se acercaba ya a las orugas. Las gruesas balas zumbaron por el bosque segando

cuerpos y árboles en la misma proporción. Durante un minuto el bosque alrededor del gigante se convirtió en una masa hirviente de nieve, astillas y trozos de cuerpos pulverizados. Puzov soltó el gatillo y dejó que la niebla de nieve pulverizada se posase. En doscientos metros a la redonda no se veía nada más que astillas y manchas sanguinolentas. Puzov detuvo las bombas hidráulicas. Entre siseos de las armas enfriándose, se coló hasta la cabina el sonido del viento. Puzov le preguntó al judío

—¿Hemos vencido?

—No. Solo es el primer asalto.

En medio de la cabina, sujeta por un grueso soporte de acero, había una piedra desgastada por el tiempo y cubierta de símbolos. Puzov no comprendía los signos. Tampoco sabía que hacía allí, en la parte de atrás, medio escondida entre tuberías y cables aquella enorme lasca pétreo. Scholem se dirigió a ella y comenzó a pintar sobre su superficie con una tiza a la vez que recitaba un largo canto en hebreo. Al poco, hubo movimiento en el bosque. Los *golems* se levantaron de allí dónde habían caído y comenzaron a brillar. Piedras, madera, cualquier objeto sólido y lo suficientemente grande que estuviera en sus cercanías se veía atraído hacia las figuras heridas, en forma de cientos de pequeñas velas ardiendo con luz dorada en la oscuridad del bosque. Las rocas, los troncos, reemplazaban los miembros perdidos, rellenaban los cráteres que las bombas habían producido en la arcilla y al poco los golems volvían a erguirse. De la actividad mágica solo quedaba un leve brillo en sus ojos como rendijas.

Puzov no dijo nada, tan solo imaginó aquellos poderes aplicados a una gran fuerza de T-34, cientos, miles de ellos ardiendo en la batalla y reparándose a sí mismos al ser destruidos. No podía creer que el hechicero alemán pudiera tener algo que se comparase a ese poder. Descubriría en breve plazo que su imaginación se quedaba corta, muy corta.

## IX

Los SS que habían bajado del camión fumaban en silencio. Ningún sonido había surgido del bosque en horas, pero hacía ya unos minutos que el suelo había comenzado a temblar como si una columna de tanques invisibles estuviera transitando justo a su lado. El cabo Günter le dio un codazo a su amigo Otto.

—Mira.

Ambos chuparon de sus cigarrillos, escondiendo el brillo en el hueco de la mano mientras contemplaban la solitaria figura del hechicero, su jefe. Le escucharon hablar en un lenguaje hecho de susurros y un raspar ronco de la garganta que ninguno reconoció. Tendrían que haber nacido en una de las más recónditas aldeas del Tíbet para entender lo que susurraba Schreck.

—Viejo Loew, te creía muerto. Yo mismo te arranqué la piel y la puse a secar al sol y ahora vuelves de la tumba en la que te clavé con estacas y conjuros. Nunca dejarás de sorprenderme.

Los soldados vieron cómo Schreck sacaba un objeto de una bolsa de cuero que siempre llevaba colgada al cuello. Corría el rumor de que esa bolsa estaba hecha con la piel de un demonio. Desde la distancia a la que se encontraban el objeto no era identificable, pero si se hubieran acercado habrían podido descubrir el cráneo de un águila: un enorme pico amarillento y dos grandes órbitas oculares. Schreck cantó en voz baja y los huesos crujieron, rozaron unos con otros como si protestasen por continuar aún unidos. El chirrido se convirtió en un sonido hiriente, cada vez más alto, cada vez más alto.

A algunos cientos de kilómetros de allí, en una base aérea improvisada por los alemanes en lo que el verano anterior fue un campo de centeno, algo se movió en el interior del único hangar. Los soldados apostados allí tenían instrucciones muy claras, pero no las cumplieron como debían. Abrieron las puertas al escuchar el ruido y cometieron el error de esperar en el exterior a ver que salía de aquel hangar de chapa cubierta de nieve en vez de marcharse. Dentro algo grande, enorme, se movía, apartaba telas y embalajes, extendía lonas que chascaban al desdoblarse. Uno de los soldados, el más joven, arriesgó una mirada al interior. En el fondo del enorme hangar el brillo encendido de muchos ojos le devolvió la mirada.

Había cosas colgadas del techo, enormes bultos hechos de lo que parecían telas y maderas irregulares cubriendo el suelo. No le dio tiempo a ver mucho más. Sintió un aliento fétido sobre su rostro y aquellas cosas salieron en tromba de su refugio y se lanzaron al aire helado. El aire se llenó de seres que aleteaban frenéticos, que apenas se podían intuir dada la poca luz, pero que poco tenían que ver con las aves que conocían.

Cuando los dos soldados ya creían el hangar vacío, una luz azulada comenzó a brillar en el interior del edificio. La plancha y el acero de las cercas saltaron hechos pedazos. Hans juraría después, frente a una enorme cerveza, que había visto cómo un dragón escuálido, construido con más metal que hueso, más escamas que carne, le había mirado y le había lanzado un mordisco al salir.

Sus amigos le tacharon de loco, de borracho. A su compañero, aquel al que nunca encontraron, se le consideró a todos los efectos un desertor y a él, un encubridor. No mantuvo mucho tiempo su historia exculpatoria. Repetirla delante de algunas personas solo le traería problemas. Para Hans, que había visto a su compañero pataleando en el cielo, sostenido por las patas delanteras de uno de aquellos engendros, todo aquello terminó por convertirse en otra pesadilla de la guerra, una particularmente inolvidable.

En el bosque, Hans y Otto continuaban mirando al hechicero de Wisborg. Situado en la linde del bosque, se había quitado la guerrera y había descubierto un torso delgado y marcado de cicatrices. Hans dio un respingo y le volvió a dar un codazo a Otto, que ni lo sintió: Schreck levitaba a dos palmos del suelo.

Mientras, las alarmas antiaéreas sonaron por todas las ciudades del frente del Este, coordinadas con la danza silenciosa de los civiles buscando refugio. Demasiado acostumbrados ya a los bombardeos de los aliados, muchos no tenían más que ruinas de ruinas en las que esconderse. En las alturas, los pilotos estaban lívidos. Los radares habían avisado de una nube de enemigos surgida de las entrañas mismas de Alemania que no eran capaces de detectar. Bastante dura estaba siendo la batalla por los cielos para que los Me-109 se hubieran convertido en invisibles.

Ni un solo Yak-9 volvió al hangar ese día. Tampoco se encontraron restos, salvo por un avión que se estrelló después de entrar en barrena. La autopsia reveló que el piloto había sufrido un ataque al corazón antes de

perder el control del aparato. Los operadores de radio de la *Luftwaffe*, acostumbrados a la cacofonía de las comunicaciones por radio en medio de las batallas, solo escucharon maldiciones, juramentos y gritos de horror. La flota entera de la *Luftwaffe* en el frente del este había recibido la orden de no volar. No lograron obtener una sola palabra coherente que pudiera ayudarles a deducir contra quién estaban luchando en el aire los rusos.

Muy arriba, donde el aire se vuelve liviano y helado, la simiente maldita de *Jörmungandr*, ciega a todo impulso que no fuera la rabia y la sangre, convertida en un ejército de ángeles deslavazados, abatió sin piedad a sus enemigos en menos de diez minutos, devorando con igual fruición el metal de los aviones y la carne de sus pilotos. Y, con ella, sus almas.

Tal vez fuera mejor para ellos que lo único que vieran fuera aquella acumulación de puntos negros desaparecer de los radares rumbo al este tan rápido como surgieron. Que nunca comprendieran de dónde habían salido ni a dónde se dirigían. Hubieran acabado igual que los ingenieros que ayudaron a su alumbramiento: con una bala en la cabeza disparada por sus propias *Luger* los afortunados, en un manicomio babeantes y afásicos los que no tuvieron tanta suerte.

Andrei, oculto en la copa del árbol, supo que el momento se acercaba. Más allá de su posición los no muertos se habían enfrentado con las criaturas convocadas por el judío. El resultado de la batalla era incierto, pero podía pensar, dado que ninguna de aquellas atrocidades había vuelto por donde había venido, que muy probablemente las cosas habían marchado bien para los rusos. Ese triunfo imaginado le ayudó a tranquilizarse. Ahora que se acercaba el momento, ahora que le tocaba a él enfrentarse al enemigo, necesitaba esa paz interior para afrontarlo.

El rumor de los vehículos, los cuchicheos de los soldados, el murmullo de los no muertos, todo ello conformaba una letanía hipnótica, un réquiem improvisado que Andrei sabía que las tropas alemanas habían compuesto para él. Aquella sería su última gran actuación y quería que el público quedara contento. Su mano enguantada acarició la mira telescópica que había pertenecido a un oficial alemán apellidado König, el dedo índice de su mano derecha buscó su posición natural dentro de la guarda del gatillo.

Cerró los ojos.

Pensó en Vasili, el hombre que primero se había negado a combatir al engendro y que luego más cerca había estado de acabar con la vida del nigromante. Su disparo había impactado en el rostro del monstruo, derribándolo. Un instante después había ardido hasta quedar reducido a cenizas. Consunción. Una parte de todo aquello era por Vasili. Por los francotiradores. La otra era por los que le habían convocado. Por el proletariado. Por hombres y mujeres que ansiaban una figura a la que jalearse. Por ellos. Por sus hijos.

Abrió los ojos.

Se acercaba. Preparó el arma. Movimientos automáticos realizados en el más absoluto silencio, con la mayor precisión. Le habían entrenado para este momento. Había nacido para ello. Andrei adoptó la posición adecuada. Notó la tensión habitual en el cuello, el sudor pugnando por brotar en su frente. Escuchó.

Oyó entonces algo inesperado. Un susurro que provenía del cielo. Un susurro que crecía, que se transformaba en rumor, en grito. Andrei miró al cielo, abrió la boca.

Demasiado tarde.

La criatura metálica, sus alas extendidas, también abrió la boca, y de ella brotó la muerte.

Andrei no tuvo tiempo siquiera de disparar.

El bosque estaba en silencio. Puzov sabía, como todo buen soldado, que el silencio es mucho peor que el estruendo de las bombas cayendo, que el ladrido de las ametralladoras. El silencio es lo que queda cuando ya no hay esperanza y ni siquiera los heridos pueden ya quejarse. Puzov, con medio cuerpo fuera de la escotilla, escuchaba. Hacía más de media hora que los *golems* revividos no se movían. Sus ojos de piedra no encontraban ningún objetivo en el que detenerse. El bosque, medio arrasado, parecía inerte, desprovisto de todo movimiento.

Volvió dentro. El frío se había colado en la cabina, que solía estar muy caliente, y había depositado una fina capa de escarcha sobre todas las superficies. Cerró la escotilla de golpe.

—Si se hiela la grasa esta noche vamos a tener problemas con las articulaciones.

El judío no le escuchaba, permanecía inclinado sobre un libro abierto, leyendo y sacudiendo la cabeza con un movimiento espasmódico. Desde luego no era el camarada ideal. Puzov encendió un cigarrillo Belomorkanal, el último del paquete. Aquellos largos cigarrillos nunca habían tenido mucho tabaco, pero desde que empezó la guerra apenas contenían unas cuantas hebras secas de sabor desagradable. No había otra cosa. Miro a su alrededor, a las paredes blindadas recubiertas de tuberías, refuerzos, diales. Aquella tumba de hierro era su "No hay otra cosa", la frase más común en la Rusia desolada por la guerra. "No hay otra cosa", le decían a uno en la panadería ante un bollo de pan de centeno duro como una piedra. "No hay otra cosa", cuando el vodka de patata te dejaba ciego por el metanol. Esperaba que cuando muriera no le pusieran una lápida de madera con las palabras "No hay otra cosa" grabadas en ellas.

Un zumbido sordo llamó su atención. La placa de piedra, sujeta por un marco de metal y amortiguadores de goma a la estructura del *golem*, estaba vibrando. Emitía un crujido continuo, como si millones de dientes diminutos estuvieran royendo su superficie desgastada por los siglos. Se acercó más de lo que había hecho hasta ese momento y esforzó la vista. Había algo moviéndose sobre el granito manchado por líquenes, eran... ¿alas? ¿Cientos de miles de alas batiendo?

—Yo que usted no me acercaría mucho a esa piedra.

—¿Por qué? —dijo Puzov, mientras se retiraba frotándose los ojos.

—No está del todo en este mundo y a veces los hechizos cerrojo que la bloquean, fallan. Entonces pueden pasar cosas muy desagradables.

¿Más?, pensó Puzov. *Golems*, muertos vivientes, hechiceros. Solo faltaba Baba Yaga y su cabaña sobre patas de gallina.

Nervioso, regresó al mirador de cuarzo reforzado, como si le atrajera como un electroimán. Había algo volando contra el cielo, una forma que costaba distinguir pero que no era en absoluto un avión.

—¿Qué es eso?

Scholem dejó su libro y se acercó. El ruso vio cómo mudaba el color de la cara

—Eso... Eso es la muerte de alas negras.

Sin entender muy bien lo que pasaba, Puzov vio cómo el judío volvía las páginas del libro que estaba leyendo y comenzaba a dibujar complicados

esquemas con tiza sobre la piedra.

Sin saber muy bien qué hacer, activó las compuertas superiores y le quitó el seguro a las dos docenas de lanzacohetes y a las dos ametralladoras antiaéreas que aquel monstruo albergaba en algún lugar de sus anchas espaldas. Bajó un periscopio del techo y comenzó a ajustar las diversas miras y telémetros sobre la masa negra que se cernía sobre ellos.

No era un avión, o al menos no uno que Puzov hubiera visto antes. Parecía más bien un pájaro destartalado, una especie de aeronave construida con telas y maderas podridas. Se acercaba muy rápido y no había solo una, la seguía un auténtico ejército de espantajos voladores.

La llamada le tomó completamente por sorpresa. En un momento apuntaba al remedo de avión con el periscopio, el dedo presto sobre el gatillo, y al instante siguiente el mundo se había convertido en una caldera de hirviente claridad. Fuego, les rodeaba una masa de fuego hirviente que elevaba la temperatura del habitáculo por encima de los cincuenta grados centígrados.

Casi sin ver, comprendió que el calor descomunal que esa criatura había vertido sobre ellos había conseguido lo imposible. El metal del que estaba construido el gigante estaba ardiendo, se consumía como si estuviera siendo perforado por una lanza oxiacetilénica. Tomó los mandos del gigante y, de un manotazo, activó todos los motores. Tenía escasos segundos antes de que el combustible y las municiones estallaran. El monstruo saltó, dobló las rodillas que en realidad eran amortiguadores gigantes, se dejó caer de lado sobre la nieve y comenzó a rodar. Dentro de la cabina todos los objetos volaban convertidos en proyectiles mortales. Puzov se sujetaba con saña al sillón de pilotaje mientras la temperatura seguía subiendo. Al fin su plan desesperado dio frutos y el gigante metálico, después de rodar ladera abajo del bosque, rompiendo árboles y astillando inmensas rocas, golpeó el hielo del lago Arajléi y se hundió en las aguas heladas.

—Estamos a salvo.

El *golem* podía pasar más de dos horas bajo el agua y podía resistir temperaturas altísimas. Estaban salvados, al menos de momento. Buscó desesperadamente al judío por toda la cabina. Lo encontró atrapado bajo una montaña de objetos. No parecía herido.

—No, aún no. Tengo que llegar a la piedra. Ayúdeme.

Puzov avanzó hacia Scholem, pero antes de que llegase a él notó que el fulgor del fuego que ardía en el metal de la coraza no había desaparecido, tan solo había pasado del intenso blanco a un azul furioso. Comprendió con horror que el fuego seguía ardiendo bajo el agua.

Schreck se alzaba varios metros sobre el suelo de nieve y ramas muertas que conformaba el bosque de la estepa rusa. Los soldados señalaban al cielo y murmuraban entre ellos. Algunos estaban llorando. Los oficiales alemanes, más acostumbrados a contemplar aquellas maravillas impías, se limitaban a abrir la boca como muñecos de ventriloquía y observar en silencio. El hechicero no volaba, levitaba en el aire y permanecía allí, quieto, como una libélula en un estanque, quebrando las leyes más básicas de la naturaleza. Pero no era aquello lo que aterraba a los mismos hombres que habían visto a compañeros despedazados por el impacto de un mortero, que no habían dudado en matar a sangre fría a soldados enemigos en cualquiera de las ocasiones que se les habían presentado. Lo que quebraba su cordura era la bandada de monstruosidades aladas que sobrevolaban al hechicero y, en ocasiones, se detenían a su lado, doblaban su cuello negro y parecían escuchar con atención los susurros que Schreck les dirigía.

—Señor, ¿qué son? —preguntó un soldado al oficial más cercano.

El oficial, más joven que el soldado, agitó la cabeza a un lado y a otro.

—No lo sé, el mismo *Führer* sabe que no sé qué demonios son esas cosas, pero si están de nuestro lado, bienvenidas sean.

—Sí, señor —dijo el soldado, no sin añadir algo—. Si están de nuestro lado.

En cualquier otro lugar la duda de aquel hombre le hubiera supuesto una semana en el calabozo, pero el oficial se limitó a asentir. Nadie en su sano juicio podía fiarse de aquel desafío a la cordura que teñía de negro el cielo encapotado. En el fondo Schreck era una incógnita, un ser de poder casi ilimitado que aceptaba seguir las órdenes del *Führer*. El por qué aquel hombre, si es que seguía siéndolo, no derrocaba a Hitler y se erigía en *Führer* era algo que atormentaba al oficial. Con un simple gesto podía convertir al estado mayor en marionetas ciegas e idiotas, pero era como si

la política o la guerra no fueran más que distracciones inútiles que lo apartaban de su verdadero propósito.

Trató de concentrarse en los engendros de Schreck. No le había mentido al soldado, lo cierto es que no sabía qué eran exactamente las serpientes aladas que habían acudido a su llamada. Pero podía hacerse una idea. Había leído historias de monstruos similares en la biblioteca de la Ahnenerbe en Nüremberg. Habitantes de los intersticios entre el mundo real y el de las pesadillas, sirvientes de fuerzas más allá de toda comprensión que se alimentaban de muerte y caos. Si Schreck era capaz de comandarlas, todos, desde Himmler hasta el último mando de las SS, habían subestimado su poder.

Solo había una cosa que podía hacer entender por qué Schreck abrazaba con fervor la causa nacionalsocialista. El oficial sabía que de entre todos los hombres, Schreck odiaba especialmente a los judíos. Solo que, al contrario que el resto, no los consideraba inferiores. Más bien les tenía una suerte de terror reverencial. Si aquella raza subhumana de patéticos seres asustaba al hechicero de Wisborg, razonaba el joven oficial, la solución final no era algo higiénico. Era más bien algo necesario.

## X

En otras circunstancias, habría sonado a chiste. Un sacerdote católico, un rabino judío, un lama tibetano, un santón hindú y un imán musulmán en un piso a las afueras de Berlín. Pero el ambiente en el interior del apartamento no era precisamente de jolgorio. Todos y cada uno de aquellos hombres rezaban en silencio a sus dioses respectivos, preparando sus almas para la batalla final. Puede que tuvieran distintas concepciones del paraíso y de la forma de alcanzarlo, pero ninguno iba a permitir que las puertas del infierno se abrieran. Y solo uniendo sus fuerzas podrían detener al hombre que estaba empeñado en tirarlas a patadas.

En medio de los rezos, levitando entreverados con las volutas del incienso, todos los hombres santos presentes en aquel piso sintieron un fuerte tirón en lo más profundo de su ser. Habían aprendido a interpretar como un contacto con el nivel más alto, una iluminación, la palabra de Dios o cómo quisieran llamarlo descendiendo sobre ellos. Solo que esta vez la palabra de Dios no venía sola. El santón deshizo su postura del loto, no sin algún crujido de articulación, y con los ojos en blanco se desplegó en el aire torciendo los brazos en una plegaria imposible. El musulmán comenzó a girar sobre sí mismo, como un ahorcado que mirara al nudo de la horca y girara agitado por una cohorte de niños demoniacos. El sacerdote católico levantó las palmas y gruesas gotas de sangre con olor a violetas comenzaron a resbalarle por las palmas y a caer sobre la tarima del suelo. El más silencioso de todos ellos, el único que no manifestó en su rostro otra cosa que beatitud inmóvil, fue el lama. Tan solo se había elevado medio metro del suelo y permanecía allí, flotando impávido, los gruesos pómulos brillando a la luz de las velas.

Pronto los cuatro religiosos comenzaron a tener problemas para percibir el mundo desde su perspectiva individual. El lama veía por los ojos del santón, el santón sentía las gotas de sangre resbalarle por las muñecas y el sacerdote sentía girar la habitación a su alrededor sin que se moviese ni un ápice. Y la cosa fue a peor, olores, sabores, sensaciones, pensamientos, visiones todo se mezclaba en un torbellino que arrastraba la realidad con él. Y sobre ese pandemonio: música, muchas voces cantando, disparos, gritos agónicos, gritos de victoria, llantos. Ninguno reconoció las

melodías y los versos de SMELO TOVARISHI V'NOGU, ni de VARSHAVIANKA, PARTISANOS DEL AMUR, I VNOV' PRODOLSHAIETSIA BOI. Gigantescas figuras con forma de campesinos armados con hoces y martillos desfilaron en un espacio sin espacio, enormes en medio de la nada. Las siguieron hordas de soldados armados con muchos tipos de fusiles, algunos orientales, otros eslavos. Vieron a un hombre con barba, gorra con estrella y puro, grandes vehículos cargados con enormes bombas puntiagudas, máquinas que despedían fuego y se elevaban en el aire, oleadas de extraños aviones sin hélices.

Todo aquello duró horas, días, y no duró nada. Lo que todos tenían claro es que aquel lugar al que tanto temían había sido invocado y al abrir sus puertas nadie podía saber qué saldría de allí. Pero no tenían otra opción, su voluntad ya no era suya, sus cuerpos tampoco. Danzaron, cantaron, levitaron, lloraron sangre y la dimensión los hizo suyos, les drenó, les vació de toda fortaleza, de toda convicción. Poco a poco succionó su fe, su moral, su convencimiento tallado durante vidas ascéticas de renuncia a todo lo mundano. Un chorro brillante de todo aquello que los hacía fuertes fue enviado arriba con el objeto de derrotar al hechicero. No vieron el resultado pero, muy lejos, en medio de un frío bosque de Siberia, los huesos calcinados que antes tuvieron el nombre de Andrei comenzaron a brillar. Briznas de carne muerta, cenizas, astillas de hueso, pedazos de materia orgánica despedazada volaron por el aire y se unieron a la luz. A los pocos minutos de la nieve y el barro se levantó un ser que retenía la memoria de un tirador de élite pero que estaba forjado con carne y sangre de divinidad. El soldado se vistió con los harapos que encontró desperdigados, localizó su rifle, que parecía milagrosamente nuevo, y desapareció en el bosque.

En las afueras de Berlín, los cuatro hombres santos fueron despertando del éxtasis uno por uno. Sacudieron las cabezas, desentumecieron articulaciones y se miraron unos a otros. Fue el sacerdote católico quién dijo lo que todos pensaban.

—Dios ha muerto.

—No —Le respondieron los otros—, ha sido fusilado.

—Andrei —dijo la voz, y Andrei se detuvo y escuchó.

Había oído aquella voz muchas veces, demasiadas quizá. La voz de los oprimidos, la voz de los derrotados. La voz de los que asumen su condición y aceptan la vida que les ha tocado vivir pero se rebelan por las generaciones que han de venir. Esa voz le había hablado antes y le hablaba de nuevo.

—Andrei —repitió la voz.

Andrei asintió. Sentía el frío mordiendo su piel, tratando de congelar sus dedos. Un frío que nada tenía de sobrenatural aunque él sospechaba que, como todos los elementos, estaba del lado del hechicero. Ya había fracasado una vez, dejando que aquellas monstruosidades aladas le derribaran y le consumieran como si fuera una cerilla. No tendría más oportunidades. Incluso el más estúpido de los soldados podía saber que las fuerzas comunistas se estaban debilitando. Era hora de centrarse en lo principal, de contar con los puntos más valiosos, y Andrei, por mucho que fuera estimado por el pueblo, no era más que un rumor, una leyenda. Tendría que morir si quería vivir para siempre.

—El hechicero —dijo la voz—. Debe morir.

—Lo sé —dijo Andrei, y echó a andar.

¿Cuánto tiempo había transcurrido? No podía saberlo con certeza, pero sí que el ejército alemán había pasado por allí recientemente. Las marcas de los vehículos en la nieve, en los árboles. La sangre que empapaba el suelo, la ponzoña que vertían sus ataúdes rodantes. Si se apresuraba pronto los encontraría. Esta vez no necesitaría estrategias demasiado elaboradas. El rifle ardía en su mano, el fuego del proletariado ansiaba la muerte de sus enemigos.

Cuando el judío tocó la piedra de inmediato se escuchó un grito, miles de gritos. Puzov se tapó los oídos con las manos pero no sirvió de nada, continuó escuchando los alaridos. Era un soldado, había visto muchos heridos agonizando con medio cuerpo destruido por la metralla. No era ajeno a los interrogatorios con tenazas que solía hacer el NKVD con los soldados capturados. Aquellos gritos eran los de hombres, mujeres y niños torturados hasta la muerte, gritos de dolor, desbocadas muestras de mentes desquiciadas por el dolor. Y todo venía de la piedra. Scholen tenía las manos dentro de la roca y parecía manipular, remover en el interior de

la losa que relucía en un espantoso color rojo sangre. A Puzov le parecía que era dentro de su pecho donde estaba trabajando el judío, no podía soportarlo. Sin casi darse cuenta, había desenfundado su *tokarev* y le apuntaba a la cabeza cuando los gritos desaparecieron. Continuaban bajo el agua, pero el resplandor azulado del metal ardiendo había desaparecido.

—Sáquenlos de aquí, Puzov

El pelo del judío se había vuelto completamente blanco y había envejecido al menos diez años. Respiraba con dificultad. Puzov le obedeció. Se alegró de tener que comenzar a abrir válvulas y a estabilizar al *golem* blindado. El acero crujió y los remaches se removieron en sus alojamientos pero la enorme estructura se enderezó en el lecho del lago. Activó las baterías y las hélices hicieron moverse al vehículo en dirección a la orilla. Por suerte había una playa de rocas de suave pendiente. Casi enseguida la mole quebró la placa de hielo y comenzó a emerger del agua. En cuando las orugas tocaron las rocas del fondo y el peso las hizo afianzarse, activó los motores principales, que arrancaron sin siquiera un titubeo, y el vehículo comenzó a trepar fuera del agua.

—Los dragones estarán por aquí. Volverán a atacarnos.

—Sí, pero se llevarán una sorpresa.

Fue entonces cuando Puzov notó que un leve resplandor rosáceo se desprendía de todas las superficies metálicas. Miró de reojo a la piedra, que parecía tan anodina y falta de interés como siempre. El judío había abierto uno de los pañoles de munición y estaba... Puzov volvió a sorprenderse, no podía ser cierto. Scholem le cantaba a los proyectiles de los cañones. Los tocaba con una mano mientras que con la otra dibujaba signos cabalísticos en las cabezas chatas de las ojivas.

El blindado avanzó por el bosque sin que Puzov supiera muy bien dónde dirigirse. Con la mira superior, escudriñaba el pálido cielo invernal buscando la sombra de alas. No tardó mucho en descubrir las.

—Ahí están

—Dispárales con el cañón.

—No puedo apuntar a eso, van demasiado rápido.

—Haz lo que te digo

Algo en la voz del judío le hizo obedecerle, era el mismo tono que había oído una y otra vez en el campo de entrenamiento. Puzov manipuló el

cañón. El sistema de alimentación cargó un cartucho y la torreta principal giró hacia el cielo. Durante unos segundos intentó seguir los movimientos espasmódicos del ser de pesadilla que se acercaba hasta cubrir por completo el objetivo, pero le fue imposible calcular la velocidad y la distancia adecuadas para el alza del arma. El esperpento cada vez estaba más cerca.

—¡Dispara!

Puzov respiró hondo y pulsó el gatillo. El disparo hizo estremecerse toda la estructura del vehículo. Con el ojo pegado a la mira, supo que era imposible acertar. El disparo iba a errar por muchos metros, pero no lo hizo. El dragón, como intuyendo lo que sucedía, se retorció en el aire e inició un picado, pero no le sirvió de nada. La salva pareció acortar milagrosamente su vuelo, corrigió su trayectoria y le acertó de lleno. La explosión llenó el cielo de un rojo violento, como sangre que hubiera llenado el aire de su esencia. El bosque se incendió al completo y el vehículo recibió una onda de choque que le hizo tambalearse y retroceder.

Puzov se levantó del suelo, a tiempo de ver cómo, tras la densa cortina de humo, los dragones supervivientes se reagrupaban. Habían convertido un pinar entero en ceniza y apenas habían logrado derribar a una decena de sus enemigos. La muerte parecía más cercana que nunca y sin embargo el miedo le había abandonado. Tal vez haber contemplado tanto horror en un solo día le había sobrecargado la psique, convirtiéndole en un autómatas sin sentimientos más de los muchos que el judío controlaba, o simplemente era que después de todo aquello sabía, más que intuía, que su compañero tenía aún trucos en la chistera. Como si le estuviera leyendo la mente, algo que Puzov no terminaba de descartar como posible, Scholem sonrió.

—Es el momento. Dispara el cinco y el seis.

Sin asentir, Puzov accionó las palancas correspondientes a los cañones designados por el judío. El estruendo fue notoriamente más elevado que en los salvas anteriores, como si su munición fueran truenos compactados. La realidad, en cambio, era mucho más prosaica.

—¿Pero qué...?

Muñecas. Toda la confianza que podía albergar en el judío se desvaneció al contemplar las dos muñecas rusas que habían salido de las

ánimas de los cañones cinco y seis. La cara del tanquista, lívida, era la viva imagen de la decepción.

—Tranquilo, amigo mío —dijo Scholem, intentando contener su risa de roedor—. Ten fe y disfruta del espectáculo. Te aseguro que va a ser algo digno de verse.

Las dos *matrioshkas* se abrieron, dando paso a versiones más pequeñas de los proyectiles, que a su vez hicieron lo propio. Un proceso recursivo iterado más de una decena de veces que sembró el cielo de fragmentos de muñeca, cubriéndolo casi por completo. Los dragones, ignorando por completo la extraña munición habían iniciado un picado frenético, dispuestos a rematar lo empezado. Puzov no podía apartar los ojos de aquellos seres de pesadilla, dispuesto a afrontar su final de la manera más digna posible. La colisión era inminente. Y entonces las *matrioshkas* estallaron.

La luz cegó a Puzov, a los soldados alemanes, a Andrei, a todos los ojos que la contemplaron. Solo el judío permaneció impasible, protegido por sus gafas de soldador. Era como si una constelación de supernovas hubiera explotado justo encima del bosque. Cuando los primeros soldados alemanes recuperaron parcialmente la visión comprobaron con horror que los dragones habían desaparecido, tal vez transportados a la abominable dimensión de la que provenían. Y, lo que era mucho más grave, cómo su líder, el invencible hechicero de Wisborg, yacía postrado en el suelo mientras dos hilillos de un líquido negro y espeso manaban de sus orificios nasales.

El bosque había sido sumergido en un mar de espeso silencio. La luz había brillado en el cielo. Sin un solo sonido el bosque entero había quedado inmerso en un resplandor de tal naturaleza que había hecho transparente la carne, los árboles, hasta las piedras.

Los Waffen-SS se tapaban los ojos doloridos, algunos de ellos lloraban dolorosas lágrimas de sangre, pero nadie gritaba. El bosque, el viento, el cielo, la tierra; todo había sido silenciado con la brutalidad de la llamarada.

—Ya estoy harto.

Fue apenas un susurro. No les costó saber quién lo había emitido; la voz del hechicero, reptante, parecida al raspar de huesos secos, era de sobra conocida y temida. Jamás antes lo habían visto expresar desasosiego,

nada parecido a contrariedad. Por ello el frío terror que comenzaba a subirles por las venas camino del corazón estaba aún más justificado.

—Sacad a los gemelos.

Los pocos hombres que aún podían ver miraron al último camión del convoy, un semioruga reforzado que, del peso que soportaba, se hundía en la tierra congelada, dura como el cemento. Los gemelos eran lo más parecido a una mascota que tenía el hechicero. Él mismo los alimentaba con vacas, con cadáveres, con algún prisionero vivo, lo que tuviera a mano, y se quedaba largo rato dentro de la caja de acero del semioruga mientras lo que fuera que vivía allí desgajaba, trituraba y deglutía.

—¿Has oído, *Sturmmann* Otto? abre la caja.

El cabo Otto miró a su alrededor, todos apartaban la vista; luego miró a la mano de su *Unterscharführer*, posada sobre la funda de la *Luger*. Solo después de un largo segundo de indecisión, en el que el sargento le quitó la cinta de seguridad a la pistola y comenzó a desenfundarla, decidió cumplir con la orden y comenzar a caminar hacia el semioruga, al final del convoy. La criatura que vivía allí dentro, como intuyendo que había llegado su momento, comenzó a moverse, a golpear contra las paredes de su prisión. En un sitio o dos la chapa de acero se abombó y saltó la pintura.

El *Sturmmann* manipuló la cerradura, estaba cerrada con llave. No recordaba quién la tenía, solo sabía que él no. Miró un momento a su Sargento y este se encogió de hombros, sin ningún interés es acercarse. No se podía retrasar la orden del hechicero, demasiados compañeros habían muerto por una leve dilación. Nervioso, cargo una bala en la recámara de su fusil, dispuesto a destrozar el candado. En ese momento lo sintió llegar. La espalda completa se le congeló y los pelos comenzaron a encanecer. El Hechicero pasó a su lado, flotando en el aire. El aire se le congelaba en los pulmones y, a la vez, ardía sumergido en una flama de odio y pestilencia. Cayó de rodillas, sin fuerzas. Levantó la vista, le vio tocar el metal del candado que se oscureció, se llenó de manchas y comenzó a deshacerse. Cuando los pedazos ya caían al suelo, una mano enorme, con más de cinco dedos y con uñas de casi diez centímetros, empujó la puerta. El olor del hechicero había sido sofocante, la pestilencia que salía de la caja de aquel transporte le golpeó físicamente haciéndole agarrarse la garganta.

—Sal, belleza mía, hoy el mundo conocerá tu gloria

El *Sturmmann* no sufrió mucho. Antes de que pudiera asfixiarse, una masa de músculos, tendones y huesos de acero le pasó por encima dejando en su lugar un manchurrón de vísceras y huesos aplastados.

De pie frente al hechicero, sostenidos por sus cuatro extremidades inferiores, los gemelos se alzaron. Una de sus cabezas aulló, la otra se limitó a mirar con atención a su creador. De las fauces que eran sus bocas, remedos de lo que antaño eran mandíbulas de niños, brotaba una excrecencia negra, densa.

—Recurro a vosotros, hijos míos, por pura necesidad.

La criatura gruñó, escupió. Sus cabezas aullaron al unísono mientras su cuerpo modificado se convulsionaba. Los gemelos miraron al hechicero desde sus más de tres metros de altura. Después se doblaron sobre sí mismos, hundiendo sus manos engarfiadas en la tierra. Ahora eran la bestia que su creador reclamaba, la monstruosidad que necesitaba para terminar esa guerra. A pesar de su poder, Max Schreck sabía que su creación poseía la fragilidad de lo único, pero la necesidad le obligaba a liberar la rabia que se alojaba en sus almas perversas.

—Id. Marchad al frente y arrebatadle el corazón a aquel que nos detiene. Acabad con esta farsa.

Los gemelos gruñeron. Sus mandíbulas, mezcla imposible de implantes óseos, carne putrefacta y metal oxidado, chasquearon con la ansiedad del hambre de muerte. Dedicaron una última mirada a su maestro, una mirada de cariño, y con la violencia del odio se abalanzaron hacia el bosque.

Hacia el judío.

Hacia su destino.

## XI

Mengele está llorando.

En el exterior del barracón hace frío. Las primeras nieves han llegado y cubren el campamento con una capa que recuerda a la ceniza que inunda las salas de los crematorios. Han pasado muchos meses desde que el doctor comenzó su trabajo con los dos niños. El resultado de su obra apenas permite atisbar el origen del que partió. Mengele está sentado en el suelo del barracón, junto a la puerta de entrada. La ha dejado abierta a pesar del frío, a pesar del valor que se presume debe mostrar ante sus experimentos. A su lado, de pie, ese monstruo atrapado en una carcasa humana que se hace llamar Max Schreck observa con atención la obra.

Su obra.

Porque Mengele sabe que en esta ocasión las manos del hechicero han moldeado más carne que su bisturí. Que toda la ciencia que pretende haber aplicado no tendría valor si no hubiera sido catalizada por la magia del monstruo. Lo que han creado es una aberración, pero a pesar de ello Joseph Mengele no puede evitar llorar.

Es tan hermoso.

El doctor Mengele se levanta con dificultad. Aún no está preparado para volver a la parte de atrás del barracón, dónde duerme, sedada, la criatura. Aún hay mucho trabajo que hacer. Apenas ha nacido, pero ya se intuye su potencial. Será el soldado perfecto que Hitler demanda. Con él acabaran con los subhumanos, cerrarán esa larga herida que supone el frente del este y podrán, por fin, dedicar todos sus recursos a conquistar la Inglaterra de Arturo y el resto del indefenso mundo.

Mengele sale a pasear por el campo. De inmediato, sin que lo haya solicitado, sin que casi lo advierta, una pareja de SS lo escoltan. Lo hace a menudo, cuando necesita relajarse, pensar en por qué sus experimentos no progresan. Los presos, los *Totenkampf* que permanecen impávidos bajo la ligera nevada que cae, hacen un alto en sus tareas de víctimas y verdugos y los ven pasar, como reconociendo al Ángel de la Muerte un estatus superior. Saben que Mengele no mata y tortura gratuitamente: es aún peor, lo hace movido por objetivos concretos de mayor inquinidad y destrucción. Eso lo rodea de un aura mágica que, sin embargo, no es nada comparada con la

que emana el general Schreck, con el que inadvertidamente se topa el médico en uno de los rincones del campo, uno que nadie visita nunca. Mengele cambia el paso al acercarse al hechicero. No se mueve, no da ninguna señal de que lo ha oído acercarse. Schreck parece un espantapájaros de huesos vestido de uniforme, una figura sacada de un libro de historia medieval. Camina sobre la nieve y termina de acercarse a él cuidando que las botas hagan mucho ruido. No quiere molestarle de ninguna manera. Se detiene a su lado, sorprendido, como siempre, de que de la boca del hechicero nunca salga el penacho de vaho condensado que sí emiten todos los demás habitantes del campo.

Schreck se dirige a él:

—Le dije que aguantaría.

Mengele mira al hoyo que contempla Schreck y recuerda qué experimento había dejado allí. En el fondo de una zanja medio llena de nieve, lo que queda de un hombre está atado a dos postes verticales, brazos y piernas extendidos. Dos cosas sorprenden a Mengele. Después de que le extirpara la piel sangró mucho, pero al rato, la masa de músculos y tendones expuesta dejó de supurar, adquirió el mismo color ennegrecido que tiene ahora y así continúa. El otro motivo de asombro es que aquel hombre no murió en la mesa de operaciones y no ha muerto después de la semana larga que lleva allí colgado, expuesto al clima y a las alimañas.

—Es algo extraordinario, lo confieso. Habrá que investigar qué factores le mantienen vivo. Quizá alguna sustancia de su sangre.

—No es nada que puedas comprender, matasanos —A Mengele le molesta tanto la voz de Schreck, un chirrido elevado, parecido al movimiento de un eje oxidado, que no tiene en cuenta el desprecio que siempre le profesa. Le llenaría de terror cualquier muestra de afecto—. De todos modos, está llegando a su fin. Es lento y complicado matar a un rabí de la antigua escuela.

La figura atada a los postes se mueve ligeramente, como espoleada por la conversación que tiene lugar tan cerca. Su boca se abre y sale de ella una larga retahíla de palabras en hebreo. De inmediato, Mengele siente que el corazón comienza a latirle desacompañado. Una presión intolerable le aprieta las sienes y apenas puede respirar.

—¿Qué me sucede?

—Está intentando matarnos, gastando su último poder.

La agonía dura unos instantes que a Mengele, que es capaz de prolongar las vivisecciones durante horas, se le hacen eternos.

Luego sucede algo inesperado: la figura atada a los postes comienza a arder sin humo, envuelta en una luz cegadora. Esta vez hasta Schreck retrocede.

—Maldito viejo —La luz se convierte en una bola densa y brillante que se eleva como un proyectil hacia el cielo grisáceo y se pierde entre las nubes—. Suponía que esos hechizos no estaban a su alcance.

—¿Qué?

—Ha muerto, pero no del todo. Ha mandado parte de su esencia lejos, seguramente a algún discípulo. Aún no lo he matado. Si uno no fuera inmortal sería para desesperarse, ¿no cree?

Sonríe, esa mueca infecta, llena de dientes podridos y de carne grisácea forzada a plegarse. ¿Es una sonrisa? Mengele siente la calidez de la orina mojándole los pantalones. Si es una sonrisa, es la más espantosa que nadie pueda concebir.

Schreck le ahorra seguir contemplando ese espectáculo. Se da la vuelta y camina sobre la nieve de vuelta a su barracón.

El trabajo en la fábrica no era precisamente creativo. Scholem tenía su puesto en la cadena de montaje y se limitaba a repetir una y otra vez los mismos movimientos. Al fascismo no se le detenía con buenas palabras, sino con balas y obuses, y estos escaseaban. Por su nacionalidad y por su religión, los comisarios políticos habían decidido asignarle un puesto anodino, alejado de cualquier responsabilidad. La Gran Guerra Patriótica debía ser librada por rusos, no por advenedizos, y mucho menos advenedizos judíos. Nadie en aquella factoría confiaba en Scholem. Sus compañeros le hacían el vacío, comía solo y llevaba casi siete días sin hablar con otro ser humano. Había llegado a añorar aquellos momentos en los que era un alumno respetado del rabí Loew y las jovencitas murmuraban a su paso.

Llevaba más de seis horas apretando las mismas palancas. Llegado ese momento del día tenía el cerebro tan embotado que en ocasiones le parecía oír voces. Por eso no hizo caso a aquel murmullo extraterreno que

resonó en el interior de su cráneo.

—Werner...

En ocasiones, cuando estaba tan cansado le parecía oír la voz de su antiguo maestro. No la de su padre, ni la de sus hermanos, ni siquiera la risa de Dora, la hija de los Rubinstein. Tenía que ser su voz de entre todas las que de verdad añoraba la que apareciera en su cabeza. Regañándole, como casi siempre, por levantar la cabeza de los tomos que le hacía estudiar. Contándole cuentos para niños sobre el mal que se cernía sobre la raza humana en general y los judíos en particular y cómo ellos dos tenían la misión sagrada de evitar que las fuerzas del infierno irrumpieran en este plano de existencia. Algo que sin duda alguna lograrían si el inútil de su alumno pasaba más tiempo memorizando las piernas de la hija de los Rubinstein que la *Torah*.

—Werner...

Levantó la vista un segundo, preocupado. Había visto a muchos ancianos caer en los pozos de la locura y a no pocos jóvenes internados en asilos. El rabino le había llevado a visitarlos, explicándole que aquellos seres rotos eran en realidad los únicos humanos cuerdos, los pobres desgraciados que habían contemplado el abismo pero no habían podido soportar lo que habían visto. Le había dicho que aunque talentosos, aquellos jóvenes no tenían la disciplina necesaria para afrontar la verdad. Que si no seguía sus instrucciones ciegamente, él acabaría igual que ellos. Tantos años de condicionamiento habían surtido efecto. Werner Scholem no le temía a la muerte, pero sí le aterraba la locura. Por eso gritó cuando vio que el reflejo de su cuerpo en la máquina que tenía que operar tenía el rostro del rabí Loew y no el suyo. Pero el primer grito no fue más que un pálido aviso del segundo aullido primigenio, cuando el espíritu del viejo maestro se fusionó con el suyo provocando un estallido de supernova en su lóbulo prefrontal.

El primer compañero que acudió a auxiliarle quedó permanentemente cegado, sus globos oculares fundidos en un viscoso líquido blancuzco por el brillo gemelo que emanaba de los ojos del judío. Tuvieron que volverle a poner las gafas de protección que se había arrancado sin poder mirarlo, a tientas. En menos de media hora, un batallón completo de comisarios políticos se había personado en la fábrica. Todos se miraban preocupados. Todos sabían lo que había sucedido la última vez que la madre Rusia había

tenido que lidiar con un ser similar. Tuvieron que emplearse a fondo para acabar con el cuerpo y el alma de la mano que movía los hilos de Romanov.

Sí, había sido complicado matar a Rasputín.

Encerrado en una profunda celda del Kremlin, atado a una camilla llena de manchas de sangre, Scholem había sido visitado por una nutrida cohorte de científicos del NKDV sin especialidad concreta. Muchos comenzaron a estudiar en la facultad de medicina, pero sus conocimientos y objetivos estaban ya muy lejos de los de un médico y su juramento hipocrático les provocaba espasmos rítmicos que algunos confundían con risas. Después de una semana Scholem comenzó a parpadear. Un mes después podía mover un dedo de la mano derecha. Dos meses y un día después del suceso, mientras los científicos contemplaban la celda desde detrás de un cristal reforzado, Scholem volvió a cerrar los ojos. Un brillo azulado le recorrió el cuerpo. Activaron las cámaras pero no llegaron a tiempo de registrar los símbolos azules que se le dibujaron fugazmente la piel. Dos segundos después las correas se desataron solas y Scholem se levantó de la camilla. Si los científicos lo hubieran visto antes del síncope, se habrían dado cuenta de que caminaba más encorvado, que su pelo, antes abundante y rebelde, se había vuelto escaso y lacio. Sus facciones mismas habían cambiado. Sus ojos parecían haberse retraído al interior de dos cuencas gemelas desde donde escondían un brillo azulado, malsano.

Scholem les miró. Se estiró un poco y se dirigió a ellos en ruso con acento judío.

—Bueno, señores, ¿nos ponemos manos a la obra? Schreck está acabando su trabajo y ya saben lo que eso supone.

Los científicos se miraron un poco asombrados. Aquel judío anónimo sabía del mayor peligro que afrontaba la madre patria, un secreto que el mismo Stalin había declarado tan importante que la pena de muerte para su difusión era ejecutada sin juicio ni detención previa. Y no solo eso. Además, parecía tener una solución. Salieron de la cabina blindada, abrieron la puerta de la celda y lo llevaron, envuelto en una nube de agentes de la NKDV vestidos con largos capotes de cuero crudo, hasta un lugar dónde, efectivamente, podrían trabajar en cualquiera solución que propusiera aquel pequeño judío loco. Tales habían sido las órdenes de Stalin, cualquier

posibilidad, cualquier solución para detener el peligro de Schreck, por loca que pareciese, debía ser considerada.

Stalin recibió la noticia en su despacho, mediante una escueta llamada telefónica en clave. Despidió a Beria, con el que estaba reunido, y se quedó solo en el despacho. Necesitaba soledad para que nadie viera como le temblaba el pulso. Con esfuerzo, sacó un cigarrillo de la pitillera y se asomó por la ventana que daba a la plaza roja. Nevaba. Al la tercera calada, la nicotina comenzó a tranquilizarlo. Aún así no podía dejar de ver delante de él aquel espectro esquelético, el de un demonio descarnado, medio podrido, apareciéndosele en sueños, en todos los sueños desde hacía meses. No podía moverse. El espectro que la NKVD había identificado como un general alemán llamado Schreck hacia una señal a un engendro que mantenía a su espalda en las sombras, para que se abalanzase sobre él, lleno de garras y dientes y arañase su carne, le despedazase, cortase, para que diversas mandíbulas injertadas de acero y carne desgarraran a inmensos bocados su cuerpo.

El temblor había vuelto. El brazo izquierdo, dañado desde el accidente, comenzó a dolerle tal y como lo hizo el día que el carro le pasó por encima. Encendió otro cigarro. Solo mediante potentes somníferos lograba caer dormido y descansar sin sueños, lejos de la pesadilla. Hasta la más leve siesta le llevaba de cabeza a ese universo de dolor. No podía soportarlo. Stalin recordó sus años de seminario, las enseñanzas que había aborrecido hasta el punto de la expulsión. *Padre nuestro...* Las palabras le salían entrecortadas. *Padre nuestro que estás en los cielos... No permitas que Schreck llegue, que sus engendros nos dominen.* Las rodillas le fallaron, se apoyó en el alféizar para no caer. Con toda la fuerza de la que fue capaz golpeó la ventana hasta destrozar el cristal, hasta que el frío y la nieve llenaron el despacho. Los cortes en el puño sangraban y dolían. Respirando profundamente Stalin recuperó la presencia que le había hecho famoso y se sentó a su mesa, a trabajar, mientras el frío, el bendito invierno ruso que castigado y bendecido a la sagrada Madre Patria durante tantos siglos, le vigorizaba y le permitía seguir leyendo informes, tomando notas, trabajando.

## XII

Era el tiempo de cerrar las heridas abiertas, de concluir las batallas que otros habían iniciado. De dotar de sentido a la existencia. Andrei lo sabía. Había sido concebido para este momento. Había nacido para glorificar su fracaso.

—Oh —dijo el soldado alemán que, de pie frente a él, todavía no había sido capaz de reaccionar.

Andrei le contempló un instante, después alzó el arma y disparó a su cabeza. El cuerpo del joven —quizá demasiado para estar perdido en esta guerra que no le correspondía— cayó a la nieve, la empapó con su sangre. Con este sencillo gesto se había delatado, con este sencillo gesto les había dicho que está aquí. Que había venido a acabar con todos ellos. Con los vivos y también con el que no lo estaba. Todo el pueblo ruso le insuflaba vida con su aliento. Fracasaría en su sacrificio, lo sabía. Pero sería un fracaso glorioso.

Andrei avanzaba por el bosque a grandes zancadas. Su rostro era una máscara vacía. A cada paso que daba oía gritos de alarma, escuchaba el traqueteo de las armas automáticas, sentía el roce de las balas cuando volaban alrededor de su cuerpo. Cerca, muy cerca. Pero ninguna le derribaba. No podían hacerlo. En este mundo los mortales nunca podrán derribar a un inmortal.

Los soldados alemanes, parapetados tras los árboles, disparaban contra el ruso loco que quería romper sus líneas. Andrei los ignoraba. En ocasiones alzaba su arma y, sin mirar a su blanco, apretaba el gatillo. La muerte era compañera fiel de su rifle infalible. A veces se veía obligado a detenerse para evitar un impacto. A agacharse. Todos sus movimientos parecían sacados de una película antigua, rodados a cámara lenta. Era el tiempo de la bala. Unos pasos más y ya podían ver los primeros vehículos blindados.

Un no muerto saltó sobre él.

Esas criaturas hambrientas no se detenían con un simple disparo, como Andrei pudo comprobar. El engendro le arrebató el rifle, lo partió con sus manos decrepitas. Andrei rodó sobre la nieve para evitar sus mandíbulas. Dos soldados alemanes, deseosos de obtener una medalla, aprovecharon para abandonar la seguridad de los árboles. Andrei extrajo una pistola de

ninguna parte y disparó, mientras con su mano derecha sostenía el peso del no muerto por su cuello. No le costó demasiado quebrar la tráquea, la columna. La cabeza del engendro quedó colgando del tronco como una uva podrida. Lo dejó caer y se incorporó.

Venían más.

No le importó.

Andrei sonrió. Saltó sobre la espalda del primer cadáver andante y vació el cargador en su nuca. Al segundo lo derribó con una patada en el rostro. Ahora tenía un cuchillo en su mano, un cuchillo *kosher*. No quería mancillarlo antes de enfrentarse al nigromante, pero no tenía opción. No le dejarían llegar sin derramar sangre y vísceras en el camino. Lo asumió. El Shochet, ese judío loco que les ayudaba en esta guerra maldita, le disculparía su fracaso si terminaba su trabajo. Y Andrei sabía que lo haría, porque había renacido para este momento. Ya habría tiempo más adelante para juzgarle, para glorificarle si así lo consideraba su pueblo.

Los no muertos le rodearon, cautelosos. Una docena de ellos. Más allá algunos soldados se reagruparon junto a los carros blindados. Todavía no podía verlo, pero Andrei sabía que Schreck estaba allí, esperándole. En el mundo sobrevive apenas un puñado de inmortales y todos se conocen entre ellos. Este combate lo anticipaban todos los oráculos. ¿Por qué resistirse al destino? Andrei levantó su mano derecha, la que sostenía el cuchillo.

—Vamos —dijo.

Y ellos vinieron. Saltaron sobre él como orcas hambrientas abalanzándose sobre un ballenato herido. Gritaron. Aullaron. Andrei les esperó en silencio, y en silencio se enfrentó a ellos. Giró y su cuchillo se hundió en la carne putrefacta, la quebró. Cortó tráquea y cortó hueso, y fue consciente de su fracaso, pues el sacrificio no se estaba realizando de la forma correcta. Podría rechazar a Schreck, obligarle a abandonar su envoltura carnal. Nada más. Su ánima corrupta seguiría viva y antes o después volvería a encarnarse. Solo ganaría vida para su pueblo, tiempo. Aún así no cejó, ya que aquel arma *kosher*, bendecida por la esencia del rabí Loew, estaba destinada al nigromante, y le susurraba con cada corte, con cada herida, que deseaba desangrar por completo a aquel monstruo. Un cadáver cayó al suelo, su tronco cercenado en dos. El resto trató por todos los medios de hundir sus dientes en la piel del inmortal. No lo lograron.

Gritaron. Y Andrei hundió su cuchillo en sus rostros, en sus cuerpos. Los desmembró y los mutiló y los derribó y cuando todo terminó, solo él permanecía en pie, su cuerpo cubierto de sangre de la cabeza a los pies. Sangre de los que ya estaban muertos antes de enfrentarse a su cuchillo.

Los soldados alemanes huyeron. Nada podían hacer. Schreck no se molestó en detenerlos. Sabía que aquel enfrentamiento no les atañía.

—Pensaba que sería el Rabí el que llegaría hasta aquí —dijo Schreck.

—Me subestimabas —respondió Andrei, y sintió el dolor mordiendo su piel.

Retrocedió un paso. Schreck sonreía. Había sido descuidado. Aquel hombre, aquella cosa encarnada, era más peligrosa que cualquier otro enemigo al que hubiera combatido antes, incluido el capitalismo. Andrei examinó su brazo, el que sostenía el cuchillo y a pesar del dolor no lo había dejado caer. Tres esvásticas de plata pura se hundían en el músculo.

—Regalo de los japoneses —dijo Schreck—. No solo saben de *kaijus*, como viste en Stalingrado, también de estrellas. Envenenadas, claro.

Andrei se quedó mirando, incrédulo. Pronto la perplejidad se convirtió en diversión, coronada por una risotada maníaca. Schreck no pareció pasarlo tan bien. Nunca en su largo remedo de vida había tenido que sufrir la humillación de que alguien se riera de él.

—No entiendes nada, viejo. Al menos los otros fueron capaces de comprender lo que se les venía encima. Crees que puedes matarme, como hiciste con ellos. ¿Crees que tu extracto de raíz de Yggdrasil y tus estrellas forjadas en la lava del Monte Fuji pueden herirme? No sabes con quién estás tratando.

Las palabras brotaban de la boca de Andrei mientras se acercaba lentamente al Hechicero de Wisborg. A cada peso que el hombre rubio daba la cáscara vacía que era el cuerpo de Schreck retrocedía, intentando guardar las distancias. Ahora comprendía lo que otros sentían al mirarle, ese terror que provocaba estar frente a algo que desafía toda tu concepción del Universo. Aquel hombre le había hecho descender del pedestal al que tanto le había costado ascender.

—No puedes cortar el agua igual que no puedes envenenar el vacío. Tú eres el avatar de un concepto que ha permeado la historia humana durante toda la historia, pero yo, yo soy algo nuevo. Soy la Nada cósmica encarnada

en hombre. Soy la tijera que corta las cuerdas que mantienen esclavas a las marionetas. Soy lo que hasta tú, Adversario, temes. La ausencia de fe. Igual que tú acabaste con los dioses, yo asesinaré al demonio.

Andrei se arrancó las esvásticas del antebrazo, las tiró al suelo y escupió sobre ellas. Luego se volvió hacia Schreck, sonriendo. El demonio de Wisborg, el hombre que hacía huir a todos a su paso, echó a correr presa del pánico por segunda vez en su vida.

### **XIII**

La cara le ardía. A él, que se le asociaba con pozos de azufre y lava, le habían quemado el rostro. Y, a pesar de todo, había vencido. Nadie lo diría, viéndole correr por las catacumbas con paso renqueante y humo surgiendo de su cuero cabelludo. No había sido una lucha justa, todos unidos dejando atrás sus diferencias en contra de un único adversario. Había logrado acabar con cuatro de ellos y dejar al quinto al menos tan malherido como él, pero no le había salido gratis. Por eso se retiraba a un lugar seguro. Un lugar donde recomponerse y preparar el asalto definitivo. Ahora era más sencillo, solo tenía que acabar con aquel rabino. Aunque solo por sus heridas, solo por haber osado marcarle para el resto de la eternidad, no iba a quedarse ahí. Iba a terminar con toda aquella raza maldita a la que pertenecía. En realidad tendría que acabar con todos ellos, con esas malditas religiones, la hindú, la católica, la árabe, la nepalí y la judía, porque aunque matara mil veces a los sumos sacerdotes que enviarán contra él, sino acababa con la religión, seguirían llegando, los conventos, celdas, monasterios, las mezquitas y las sinagogas seguirían creando sacerdotes que se volverían contra él. Era una parte de la maldición, él era uno, sus enemigos muchos. Tendría que actuar como siempre, mediante astucia y fieles súbditos. Alimentar desde las sombras el odio, la rabia. En la situación que vivían no era difícil encontrar un monigote al que aunar el poder y que él y los suyos hicieran ese trabajo por él.

La inmortalidad, esa otra parte de la maldición, se arrastraba por sus venas y le devoraba su alma, dolía. Una inmortalidad de mutilación. Una eternidad que tendría que compartir con el odio, con el deseo de venganza que le corroía por dentro como un ácido invisible. Estaba preparado. Se recuperaría y acabaría el trabajo. La condenación eterna sería la paz para el judío una vez terminara con él. Y se la negaría durante todo el tiempo que fuera preciso. Solo había que esperar. Si algo tenía Schreck era tiempo. Él, que era tan viejo como el hombre, no iba a impacientarse por un simple siglo.

Schreck, cuando el velo rojo que le empapaba la mente le dejaba, hacía un esfuerzo por entender porqué le habían derrotado, a él, que se creía invencible; cómo habían logrado romper, uno a uno, sus hechizos de

defensa y al final, caído el último, habían comenzado a golpear con fuego y magia su carne y su alma. Su alma. La última vez que había pensado en ella la había imaginado como algo pequeño y renegrido, podrido en el último rincón de su cuerpo astral. Un desecho lamentable de sus muchos experimentos, de sus errores de aprendiz de tanto tiempo atrás, cuando aún el homo sapiens era un recién llegado a la tierra que ahora se llamaba Europa. El ya era viejo cuando los hombres, recién llegados, habían exterminado a los otros monos que vivían entre los hielos y que le habían adorado como a un dios.

Desde entonces nadie había logrado siquiera herirlo, siquiera hacerle tambalearse, y muchos lo habían intentado. Desde los orgullosos caballeros teutones, que vinieron por él durante semanas, de uno en uno, ateridos de frío dentro de sus carcasas de metal; hasta los muchos jóvenes que habían creído que las leyendas de caballeros que luchan para rescatar a sus virginales amadas de los brazos del monstruo siempre terminaban bien.

Todo había sido muy fácil –ahora lo entendía– porque los sacerdotes, los chamanes, los hombres que habían elegido postrarse de rodillas y crear una deidad más poderosa que el hombre a la que temer y adorar, nunca se habían acercado a él. Suyos eran la noche, los gritos de terror, la carne desgarrada, el sexo salvaje y desquiciado. De ellos la pureza, las buenas acciones, la imagen de santidad. Había pasado tanto tiempo lejos de ellos que los había creído como el resto, vacíos de poder, patéticos y pequeños.

En aquellas catacumbas interminables le habían demostrado que estaba equivocado, muy equivocado.

Schreck sintió que las piernas le fallaban. Su corazón, demasiado castigado, dejó de latir. Cayó al suelo mientras largas grietas se le abrían en la carne del pecho, como si algo estuviera abriéndose paso hacia el exterior, lo que de hecho estaba pasando. Schreck pronunció palabras que no cabían del todo en los pliegues del mundo y se quedaban colgando, repitiéndose en ecos extraños hasta que se extinguían, mientras con dedos que despedían un fulgor amarillento, se sellaban las grietas del pecho por donde la víscera muerta intentaba escapar del cuerpo del nigromante.

Al poco se levantó. El corazón no le latía, tampoco se movía. La sangre se le pudriría en las venas. No le preocupaba. Todo eso le hacía más fuerte, no menos. La muerte era su aliada y le ponía uno sobre otro, muchos

mantos de poner sobre su carne cada vez más marchita.

Lo habían hecho bien, tuvo que reconocer mientras reanudaba la marcha. Primero vino el católico, un hombre joven y lleno de pasión que le ardía con luz dorada como un penacho encima de la cabeza. No cayó al primer embate de su magia, tampoco al segundo. Peleaba con salmodias, con palabras extraídas de sus libros sagrados que, doradas, se convertían en dardos que quemaban a las abominaciones que le lanzaba una tras otra. Scherk había visto a muchos hombres ceder, convertirse a sus pies en polvo, en barro, en azufre o en horribles pústulas que aún retenían vida. En todos ellos había encontrado una vía por donde inyectar su ponzoña. También fue así con aquel joven santo.

Fingió su muerte, se consumió a sí mismo en fuego verde, mientras, de la nada surgían dulces vírgenes vestidas con telas vaporosas que lo rodearon diciendo que había muerto en santidad, que eran ángeles que lo iban a llevar a la presencia de su dios. Cayó, se dejó acariciar, las vírgenes se convirtieron poco a poco en demonios de enorme lujuria, en súcubos de pechos exuberantes y sexos hambrientos que primero lo hicieron perder su santidad, y por tanto su poder, entre orgasmos y luego lo sajaron con uñas afiladas, lo desmembraron y devoraron con auténtica lujuria carnal.

Pero no fue en vano. El momento de la finta, cuando había simulado su consunción, lo habían aprovechado el santón hindú, el imán y el lama para atacarle a la vez. Mientras un enorme Shiva de bronce le golpeaba una y otra vez con sus mil manos armadas, el imán le pedía a Alá que lo cegase, lo quemase, lo aplastase, lo destripase y cien mil otras desgracias que estallaban contra sus protecciones mágicas cada vez más debilitadas.

Lo hicieron bien. Apenas aguantaba, el ataque del santón y el imán le mermaban, retrocedía comprendiendo que solo podía vencer si dejaba de defenderse y empleaba todas sus fuerzas en atacar. Así lo hizo. Una lluvia de lava ardiente se abalanzó sobre los dos religiosos y sobre ellas, surfeando, cabalgaban las mil hordas de la muerte, de la enfermedad y del dolor, gritando, desgarrando la misma esencia del mundo con su presencia.

Schreck mostró su peor sonrisa mientras intentaba que sus propios demonios no se volvieran contra él, el mayor peligro de su magia. Sus dos enemigos se vieron obligados a dejar de atacarle y a defenderse. Varias estatuas gigantes de dioses hindúes destrozaban cientos de engendros a

manotazos y mordiscos mientras el imán sostenía sobre su cabeza un pedazo de la *kaaba*, una piedra negra que absorbía a los engendros, los despedazaba y los devolvía en forma de polvo gris.

Fue ese momento, cuando más volcado estaba en su ataque, cuando el brillo ambarino de las cumbres más altas del mundo, concentrado en un rayo tan delgado como un estilete, cayó sobre el centro de su cráneo. Sintió entonces un dolor como nunca había experimentado. Él, que se sabía maestro de la tortura, experto en navegar en los bordes sinuosos de la muerte, donde los espíritus se pierden en el infinito éxtasis del dolor, sintió cómo el rayo, puro, sin significado, una desnuda esencia de poder, lo penetraba a arriba a abajo, de dentro a fuera, y lo quemaba, lo cauterizaba. Todas las muchas criaturas miserables que se escondían en los recovecos de su cuerpo y su alma salieron de él gritando o murieron achicharrados. El ser que ocupaba el lugar de su corazón gritó por sus diez bocas tirando con furia de las venas que entraban y salían de él.

Schreck cerró el portal. Las criaturas y la lava, bruscamente desconectadas de su origen, gritaron y, antes de morir, en una furia salvaje, destrozaron al imán y al santón, de los que no quedaron más que manchurroneos de sangre sobre los adoquines ennegrecidos del subterráneo. Sabía que su única esperanza era reconstruir sus defensas de dentro a afuera. Poco a poco, con ladrillos que eran palabras y carne y sangre y dolor y placer y sabiduría pero sobre todo oscuridad, comenzó a bloquear el rayo. Lento, muy lento, su esencia fue blindada contra sus efectos aunque su cuerpo aún sufriera su abrasadora claridad.

Schreck volvió a caer, presa de los recuerdos. Por un momento se retorció sobre las aguas malsanas del subterráneo, mordió la inmundicia, bebió de la humedad y se restregó contra los adoquines medio desintegrados.

En esos segundos, el mil veces maldito Rabí Loew se acercó hasta él con una sonrisa en el rostro y comenzó a dibujar con una tiza sobre su rostro las letras hebreas de la palabra muerte. Cada carácter ardió y le quemó la carne. Su ojo derecho desapareció bajo el poder de la letra. Supo, con horror, que por mucha defensa que irguiera contra el rayo santo del lama, cuando el judío terminara el último carácter hebreo, estaría irremediablemente y por toda la eternidad muerto.

Se levantó del lodo nauseabundo respirando entrecortadamente. Solo entonces recordó que no había abierto la mano derecha. Aún dentro de su palma tenía el corazón ennegrecido del lama. Se lo había arrancado del pecho de un solo golpe colosal mientras partes importantes de su ser, muchas de ellas, perecían quemadas irremediabilmente por el calor sin fuego del rayo ambarino.

El rabí huyó, el maldito rabí prefirió no terminar su trabajo. Schreck sonrió. Si no lo hubiera hecho quizá habría podido acabar con él o quizá habría sido al revés. Nunca lo sabría.

## XIV

Los gemelos medio rodaron medio saltaron sobre la nieve virgen que cubría las profundidades del bosque. Habían corrido entre los árboles negruzcos en la dirección que les había marcado su padre. Solo él, solo Schreck de entre todos los seres, sabía que ellos podían amar. Sus cabezas, cosidas a una masa muscular hipertrofiada y engarzada en un cuello montado sobre rodamientos de titanio, giraron a derecha e izquierda, oliendo el bosque. Percibían la humedad omnipresente de la nieve, el seco fulgor helado del cielo. Podían escuchar el rumor de los cuerpos de los animales agazapados. Sabían que sus hermanos de carne y sangre yacían despanzurrados, aún palpitantes, repartidos sobre la nieve manchada. Estaban mezclados con la sangre y las vísceras de aquellos seres repugnantes, llenos de sonidos y olores, los débiles seres humanos que siempre reventaban al primer toque de sus largos dedos llenos de filos de hueso.

Solo Schreck sabía que los gemelos podían llorar. Que amaban las caricias de su carne fría, que enloquecían de placer cuando los alimentaba con tiras de carne recién arrancada de aquellas patéticas criaturas embutidas en grises uniformes a rayas encerradas tras las alambradas.

Los gemelos otearon el aire, tratando de orientarse. Su padre les había dado una orden y buscaban a su enemigo. Al principio no percibieron nada. Después, poco a poco, separaron de entre otros muchos un olor peculiar, un aroma que les taladró el cerebro y les cegó como un rayo surgido del cielo. Cayeron al suelo, sus muchos miembros moviéndose espasmódicamente. De un manotazo derribaron un enorme pino que se partió como un palillo. Chocaron contra una roca. Dos miembros gruesos como columnas rodearon la enorme peña y la abrazaron hasta que se rajó de arriba abajo con estrépito y se deshizo en pedazos. Los gemelos rodaron por el bosque, chocando con piedras y árboles, destruyéndolo todo a su paso. Al fin enterraron sus cabezas en la nieve y mordieron, mordieron con saña hasta que el frío los tranquilizo lo suficiente como para dejar de temblar.

Recordaban ese olor. Dentro de sus cerebros rotos y vueltos a recomponer de dentro a afuera, había un rincón dónde los dos yacían acurrucados junto a una estufa de carbón. Afuera nevaba pero en aquel lugar, guardado tan dentro de ellos que ni siquiera Schreck lo había

encontrado, nunca habría frío, ni dolor, ni ausencia. Su padre leía el periódico mientras su madre permanecía inclinada sobre la radio. De ella brotaban sonidos agradables, un rumor, una cadencia de palabras y música que era como el batir de un mar lejano, hecho de calidez, de amor. Y a su lado, sentado con ellos en el suelo de tarima, estaba el olor, el cuerpo delgado de tío Werner.

—Y entonces el rabino de Praga le habló al *golem* recién despertado. *Golem*, servirás y protegerás a los judíos del gueto.

El *golem*, enorme, todo él fabricado con arcilla, abrió una boca que era como la boca de un enorme horno y habló con la voz de la tierra.

—Así lo haré, amo.

Los gemelos recordaron lo que habían sido, lo que habían tenido y lo que habían perdido. Un pozo que se había mantenido cerrado con cemento y hierro se abrió de golpe vomitando a la vez miasmas y tesoros. Recordaron, uno por uno, todos los momentos terribles: el hambre, la captura, el campo de concentración, la muerte de su madre, de su padre. Recordaron al médico alemán que los tomó a su cuidado, los cientos de días y noches que transcurrieron entre súplicas y aullidos, atados a camillas de hierro, mientras el dolor circulaba por sus venas, abriéndose paso en la carne, matando cualquier otra sensación, cualquier otro pensamiento. Y recordaron al fin lo que su padre les había inoculado en el centro de la mente: la certeza de que todos sus sufrimientos, todo su dolor, se lo debían tan solo a Scholem, Werner Scholem, el hombre que les había traicionado aliándose con el enemigo.

Los hombres y las bestias que aún permanecían con vida, escondidos de la muerte en los agujeros más profundos del bosque, escucharon el alarido más horrible que jamás había escuchado un ser humano desde que la magia negra fuera erradicada del mundo siglos atrás. Lo seguirían oyendo el resto de sus vidas, una y otra vez, dentro de sus cabezas, como una bestia de muchas bocas que escarbase en su cordura hasta despedazarla y convertirla tan solo en un recuerdo, algo informe alejado de una realidad de horror constante.

## XV

El hombre, el lobo. La soledad de la pieza que huye, el martilleo en el corazón que la delata. Los jadeos, el pánico que se refleja en cada poro de su piel. Así se sentía Schreck y no podía asimilarlo. Él siempre había sido el cazador, nunca la presa. Pero ante Andrei ni siquiera podía considerarse a sí mismo un adversario. Era una víctima y como tal actuaba. Corría. Huía. Y Andrei marchaba tras él.

Perdido entre los bosques, jadeando, Schreck se detuvo un instante y trató de recuperar el aliento. El miedo se había apoderado de su organismo como un cáncer, devorándolo sin piedad, arrancándole su voluntad de lucha. El miedo, algo que siempre había provocado en los demás y que ahora le carcomía por dentro. Si su mente doblegada por el pánico le diera una tregua podría reflexionar sobre ello, tratar de enfrentarse a ese miedo, luchar. Sin embargo la tregua no llegaba, solo quedaba la huida. Correr.

A cada paso que daba su cuerpo gritaba de horror. Anticipaba lo terrible, el final de una vida que no debía terminar. Todo lo que había planeado, todos los años dedicados a una lucha por la supremacía de su nigromancia, la lucha terrible contra los hombres santos que tantas cicatrices le había dejado, todo se estaba desmoronando. Había luchado al lado del pueblo alemán porque su beligerancia servía a sus intereses. Porque compartían ese odio irracional que profesaban contra los hijos de la Tora. Y ahora... ahora no quedaba nada de aquello. Sería víctima de la falta de fe. Del abrazo a la muerte, de la aceptación de nuestra existencia sin sentido.

¿Acaso no debía sentir pavor de Andrei?

Toda su fortaleza se vino abajo cuando sintió la mano helada de aquel que no era un hombre en su espalda. Se revolvió como un niño al que su padre busca para darle un azote. No pensaba rendirse así como así. No terminaría sus días sin luchar. Había visto antes a muchos rendirse y gimotear y los había castigado, reservando una muerte relativamente indolora para aquellos con un mínimo de agallas. Y él no pensaba arrodillarse para recibir el último golpe.

Con un bramido más propio de una bestia que de un humano vociferó las palabras prohibidas. El oxígeno del aire se incendió, formando una

cortina de fuego que envolvió por completo a Andrei. Miles de ampollas se formaron en la cara del ruso, impregnando el aire de olor a carne asada. Pero ni aún así se detuvo. Implacable, se acercó a Schreck y, como si las quemaduras de tercer grado que cubrían toda su piel no fueran más que simples rasguños, cerró el puño e impactó con furia salvaje en la mandíbula de Schreck.

Cayó al suelo, quiso gritar. La mano de Andrei tapó su boca, le incorporó como si no pesara más que un ratón. Andrei hundió la hoja de su cuchillo *kosher* en la garganta del nigromante, seccionando la tráquea y partiendo su columna vertebral. Aún así Schreck seguía vivo. Andrei apoyó la espalda de su víctima contra el árbol y sostuvo su cabeza para permitir que la sangre, negra y espesa, brotara de la herida abierta. Schreck agitó las manos, barboteó palabras que reptaron por su boca, por sus labios, envueltas en charcos bermellones. Sus dedos aferraron la muñeca de Andrei, su único ojo le miró. Pero no había odio ni miedo en aquella mirada, solo una profunda tristeza y una anhelada sensación de abandono. La personificación de todo lo que es ajeno a Dios dejó que el cuerpo de Schreck se arrodillara. Las manos del monstruo, unidas bajo su pecho, le convirtieron durante un instante en un penitente arrepentido. Después su cuerpo se convulsionó mientras Andrei lo elevaba y lo colgaba boca abajo del árbol.

—Tardaremos un poco aún. Disfrútalo —dijo Andrei, y se sentó.

La nieve estaba fría, empapó de inmediato sus ropas. No le importó. Lo único que ahora importaba era que toda la sangre, hasta la última gota, abandonara el cuerpo del nigromante. Que el ritual se consumara, que el alma de aquella criatura abominable no tuviera oportunidad de volver. Que desapareciera para siempre.

Desaparecer.

Andrei supo que cuando todo terminara, cuando el cadáver del anciano no fuera más que una cáscara vacía, él también desaparecería. Siempre había sido así. Victoria y fracaso viajando de la mano. Pero por ahora podía disfrutar de aquello. Su piel volvía a regenerarse a pesar de todo. Y Schreck agonizaba cerca. Aunque no pudiera disfrutar de la gloria tanto como hubiera deseado, no iba a dejar que esos breves minutos se desvanecieran sin paladearlos:

—Es curioso, ¿no crees? Yo nací la misma noche que tú mataste a tus hermanos. ¿Quién te lo iba a decir? Que el día que venciste a tus enemigos fue justo el mismo día que comenzó la cuenta atrás hasta tu derrota.

El único ojo de Schreck ardía de furia. Intentó balbucear algo, pero solo logró que la sangre brotara más deprisa del corte de su garganta. Andrei rió a carcajadas.

—No te molestes. Igual que tú, no tengo madre.

## XVI

Puzov miraba por el visor blindado del *golem*. El bosque humeaba aquí y allá, tapizado de cadáveres y árboles derribados. Se volvió hacia el judío. Renqueante, respiraba con dificultad apoyado en una tubería hidráulica.

—¿Y ahora qué?

El judío se tensó y se quedó mirando de reojo a la pared de acero roblonado. A Puzov le recordó la postura que adoptaban algunas gallinas, mirando tus movimientos con la cabeza torcida, atentas para esquivarte o darte un picotazo en la mano.

—¡Agárrate!

—¿Qué...?

No le dio tiempo a terminar la pregunta. Una sacudida brutal hizo temblar al gigante. Ni siquiera los impactos de obuses del 105 que habían recibido en las chapas frontales cuando las habían probado en los talleres habían sido tan violentos. El gigante osciló y Puzov aferró las palancas. Las manos volaron sobre los controles. Puzov hizo que el gigante se agachara. Las complicadas patas hidráulicas se plegaron e hicieron contacto las orugas. El lomo del *golem* se dobló y las placas de acero de más de medio metro de grosor, reforzadas con cemento, lo convirtieron en una especie de armadillo. De esa manera apenas disponían de capacidad de disparo, pero el factor de protección aumentaba de forma exponencial. Los alemanes no tenían nada que pudiera traspasar esos blindajes. De todos modos Puzov estaba intranquilo, lo que los alemanes les habían lanzado previamente no había sido ni por asomo su armamento convencional.

—Vienen los gemelos... pobres, pobres, cuanto han sufrido.

—¿Qué?

El judío comenzó a acariciar la piedra. De nuevo comenzó a brillar, solo que esta vez fue como si se hubiera abierto la espita de un depósito. El brillo de la piedra aumentaba pero no se limitaba a su contorno. La luz se desbordaba e invadía el cuerpo del judío, que comenzaba a relucir en tonos verdosos y azules. Puzov, harto de prodigios, le pegó una patada al acelerador y comenzó a disparar los cañones automáticos a todo aquello que le pareció que se moviese. Los cuatro gigantescos motores diesel que movían al *golem* rugieron y lanzaron una nube de chispas y de humo al aire

helado del bosque. La protección frontal comenzó a arrasar el bosque. Avanzaban y abrían una avenida de más de cuarenta metros por donde a su paso solo quedaban árboles derribados y nieve convertida en hielo por la presión de las orugas.

—Venga, hijos de puta, estoy esperando que salgáis.

No quería mirar atrás, pero los pelos de la nuca se le estaban erizando. Los dientes del judío rozaban unos con otros con un ruido horrisono.

El golpe esta vez vino de arriba. Algo les había saltado encima. Al primer golpe le siguieron otros, enormes estampidos como los que podría provocar un pistón hidráulico. Puzov ya no estaba tan seguro del blindaje. Miró por uno de los periscopios y entrevió una silueta de pesadilla que se movía tan rápido que sus ojos apenas lograron capturar su forma. Aquello, fuera lo que fuese, se estaba ensañando con el blindaje, arrancando grandes pedazos de hierro como si pelara una alcachofa. Por instinto Puzov giró una de los cañones ametralladores DshK de 108 milímetros y le disparó. La figura esquivó las balas con facilidad. Se movía a una velocidad inaudita. De un salto se abalanzó sobre el arma y la despedazó en dos movimientos de brazos llenos de filos y refuerzos metálicos. Su enemigo se quedó quieto un instante, lo suficiente para que a Puzov se le helase la sangre en las venas.

¿Qué era aquella aberración?

No tuvo tiempo para más preguntas, algo había reventado una de las orugas. El *golem* comenzó a girar sobre sí mismo, sin control. Puzov Levantó el pie del acelerador y dio la orden de pasar al modo caminante. La máquina comenzó a erguirse pero no pudo completar la maniobra. La criatura que los atacaba destrozó uno de los actuadores principales. El chorro de aceite hidráulico caliente brotó de la herida formando un arco amplio que cayó sobre la nieve y levantó nubes de vapor de agua y humo negro. El *golem* primero cayó de rodillas y después, debido a un nuevo golpe en su espalda, osciló hacia delante.

Puzov se agarró a lo que pudo mientras la cabina se llenaba de humo, de chispas, de gritos, y las tuberías y los remaches reventaban a su alrededor.

Tras la caída del gigante el bosque estaba en calma. La chatarra

humeaba y pequeños fuegos comenzaban a propagarse por la gigantesca estructura. El metal recalentado chirriaba. La falsa sensación de paz terminó de quebrarse cuando una figura de vago aspecto humano emergió de las profundidades mecánicas del monstruo. A su derecha, menos de cinco segundos después, apareció una réplica. Ambas avanzaron con paso lento y pesado alejándose del *golem*, como si la locura que se había desatado en el bosque no les afectara lo más mínimo. El primero se quitó el casco de tanquista nada más alejarse de la catástrofe.

—¡Maldita sea, Scholem! ¿Qué demonios nos ha atacado? —Puzov miró al bosque. Los ruidos de la batalla entre los *golems* y las monstruosidades de Schreck no se habían apagado—. Sin el tanque estamos más indefensos que un bebé abandonado en la taiga.

El judío no respondió. No había hecho el más mínimo ademán. Aún brillaba, pero el fulgor verde ahora se limitaba a sus ojos. Su voz sonó extraña, reverberaba como si la pronunciasen a la vez muchas gargantas.

—No te preocupes por eso. Nadie va a tocarte. Tú eres el que más seguro está de todo este maldito bosque.

Nada más pronunciar esas palabras, el bosque entero pareció estallar. El fuego había alcanzado el pañol de municiones del *golem* y lo había reventado por dentro. Puzov voló, empujado por la brutal onda expansiva, mientras veía como la descomunal llamarada se desviaba y no tocaba al judío. Se había quedado atrás, todavía en pie, desafiando a la furia de varias toneladas de explosivos con su enjuto cuerpo de cuarenta kilos.

El cuerpo de Puzov golpeó contra el tronco retorcido de un árbol, cayó al suelo. Cuando su rostro se hundió en la nieve perdió el conocimiento. El impacto contra el árbol le había roto varias costillas, pero todavía no era consciente de ello. Su dolor ahora no era más que una nota a pie de página. Su vida, el epílogo de una historia que tenía su origen muchos siglos atrás. Una historia que Scholem, muy a su pesar, tendría que cerrar ese mismo día.

—Venid a mí, niños —dijo el judío, y los hermanos obedecieron.

*La pradera estaba inflamada de primavera. El mar de verde hierba, moteado con flores de mil colores, invitaba a saltar, reír y jugar. Los tres chicos, felices, corrían hacia la ribera del río, el viento removiendo sus*

*cabellos. Mientras rodaba colina abajo, abrazado a sus hermanos, Werner pensó que nunca lograría volver a ser tan feliz como era en aquel preciso instante.*

El monstruo saltó, apoyándose en sus cuatro piernas hacia lo que una vez había sido su ser querido. Sus garras, obscenas deformaciones de sus manos infantiles, cortaron el aire con un silbido. Pero no hallaron el cuello al que apuntaban. La silueta del judío se desvaneció, convertida en una fina capa de blanca ceniza.

*—Noventa y ocho, noventa y nueve... ¡Cien! Listo o no, Werner, allá vamos.*

Olfatearon el aire con sus pituitarias gemelas. Podían sentirlo, podían oler el rastro de su presa, tan parecido a su propio aroma imperfecto, el mismo que había desaparecido con la transformación. Su enemigo estaba cerca, lo sabían. Iban a acabar con él. Iban a demostrarle a esa forma de vida arcaica y adocenada que una nueva raza merecía dominar la tierra. Repetían una y otra vez en sus cabezas las palabras del médico, indistintas de las de Schreck.

*Abrieron la puerta, con cuidado. El desván tenía un atractivo místico, mezcla de placer por lo prohibido y terror reverencial. Su padre les iba a dar una buena tunda si se enteraba de que habían osado entrar sin su permiso. Aún así, era el único sitio en el que podía haberse escondido Werner. La habitación estaba en silencio, a oscuras. Entraron, cogidos de la mano, con cuidado. Werner vació la palangana llena de agua sobre sus cabezas, soltando una carcajada.*

Rodaron por la nieve, intentando apagar las llamas que los cubrían. No le habían visto aparecer. Se giraron y solo llegaron a ver la bola de fuego. Su piel hervía, formando pústulas y ampollas. Aquel fuego no era un fuego convencional, era un incendio bendito surgido de un menorah sacado de Yahvé sabía dónde que Werner empuñaba con decisión. Rugieron de enfado, de furia y de dolor, pero eso no impidió que cargaran de nuevo

contra su enemigo como un rinoceronte embistiendo.

*Estaban en el río, salpicándose unos a otros. De pronto los gemelos sonrieron, comunicándose algo sin necesidad de palabras. A Werner le asustaba esa capacidad que tenían. Por mucho que el rabino le dijera que se dejara de tonterías, que los gemelos no iban a alcanzar nunca el poder de las palabras, él no estaba tan seguro.*

*Lo que era seguro es que algo tramaban.*

*Cuando le rodearon, aliados en su contra, sonriendo, supo que tenía razón.*

Ignoraron el fuego que les abrasaba, la luz que surgía de los ojos de su antiguo hermano, el dolor que embargaba su cuerpo, superior incluso al que habían sentido durante los experimentos de Mengele. El ansia de sangre, la necesidad de matar, eso era lo único que ocupaba sus mentes ahora. Su doble columna vertebral les permitía realizar movimientos imposibles de predecir, incluso para un hechicero. Antes de que Scholem se diera cuenta habían logrado colocarse a su espalda con un macabro paso de ballet que nadie con dos piernas hubiera sido capaz de realizar.

Sus cuatro brazos le abrazaron, partiéndole varias costillas al instante. Scholem sintió cómo se clavaban en sus pulmones, punzándolos. Intentó liberarse de la presa, pero era imposible. Las cabezas de los gemelos reían y reían, y con cada carcajada Werner sentía un nuevo capilar de su cerebro explotando. Así iba a morir, lo sabía. Por eso tenía que conseguirlo. Se dislocó un hombro, pero logró sacar un brazo.

*Rodaban y rodaban ladera abajo, hasta que al final se detuvieron. Rieron hasta quedarse sin aire en el pecho. Los gemelos volvieron a saltar sobre él.*

*—¡Te queremos, Werner!*

*—Lo siento —dijo Scholem.*

La sangre brotó entre sus labios acompañando cada palabra. El final estaba cerca, demasiado cerca. Los rostros de la criatura se convulsionaron cuando el judío hundió su mano en su pecho putrefacto. La aberración gritó

mientras Scholem se adentraba más y más en la carne, mientras su propio cuerpo se fundía con el de los gemelos, quebrando costillas, desgarrando carne y músculo. Y fue entonces, cuando los hermanos siameses volvieron a separarse, cuando sus miradas se calmaron, cuando su rabia desapareció, y lágrimas de paz y consuelo brotaron de sus ojos mutilados. En ese instante recordaron el amor que profesaban a lo que representaba su verdugo, a lo que alojaba en su interior, y por un instante los tres volvieron a ser uno, en paz.

Después la muerte los abrazó, y las llamas consumieron sus cuerpos malditos hasta reducirlos a cenizas.

*Cerró el libro. Los gemelos dormían, abrazados el uno al otro. Ya terminaría de leerles el cuento mañana. Les dio un beso en la frente, se dirigió a su cama y apagó el candil antes de acostarse. La habitación quedó completamente a oscuras.*

## Epílogo

Puzov está sentado en la nieve, la espalda apoyada contra el tronco helado de un árbol. Su cuerpo, a pesar de la ropa, a pesar del fuego que consume los restos del *golem* a pocos metros, tiritita de frío. Con cada pequeña convulsión su pecho arde de dolor. Tiene al menos un par de costillas rotas. No está herido de muerte, sobrevivirá si se lo propone.

Está pensando si merece la pena hacerlo.

El *golem* yace en la nieve. Al menos lo que queda de él. Sus restos esparcidos en un radio de treinta metros son buena muestra de la desolación que ha traído la guerra a su tierra. Aquí y allá trozos de metal hirviente sisean y se deshacen bajo llamas azuladas. Todavía flota en el aire el olor de la magia negra, de lo prohibido, de lo que la Madre Rusia nunca debería haber conocido. Puzov tose, mira a su alrededor. Han pasado ya casi dos horas desde que despertó y todavía no ha visto a otro ser vivo. Duda mucho que lo haga, si quiere salir de allí tendrá que hacerlo solo. Como siempre.

Podría rendirse, entregarse al frío de la estepa que besa sus piernas, sus manos. Sería lo más fácil. Lo mejor.

Puzov agita la cabeza.

—No —dice.

Ha empezado a nevar.

En el aire los copos de nieve flotan como lágrimas petrificadas. Sí, es comprensible que el cielo quiera llorar. Ha muerto tanta gente en esta guerra que cada lágrima vertida por los familiares de los fallecidos parece estar aquí, presente, al lado de Puzov. Se pregunta si su presencia aquí era necesaria. Si no podía haber evitado participar en esta matanza sin sentido, en esta lucha entre poderes oscuros más allá de la comprensión humana. No tarda nada en responderse a sí mismo que sí, que este era su puesto, su deber. Si ha sobrevivido a esta locura, si ha logrado no sucumbir cuando tantos otros grandes hombres lo han hecho, su vida debe tener un sentido.

Y comprende que es así. Que la única razón por la que está vivo es porque alguien debe contarlo. Alguien debe transmitirle al mundo lo que ha ocurrido. No como un aviso para que no vuelva a ocurrir, no como una fábula con moraleja final. No, simplemente consignar los hechos. Con

distancia. Con frialdad.

La nieve sigue cayendo.

Puzov se incorpora, no puede reprimir un jadeo, un grito, cuando el pecho le muerde con rabia. Se apoya en el tronco del árbol, mira hacia arriba. Cree ver, entre las ramas, el rostro de un hombre, quizá un francotirador, que le sonríe, pero solo es un instante. Después no hay nada. Ya no que nadie más con vida en este bosque plagado de muerte.

Nadie.

**ESTE LIBRO TERMINÓ DE MAQUETARSE EL 1 DE SEPTIEMBRE DE  
2012, EL MISMO DÍA QUE, EN 1939, DIO COMIENZO LA SEGUNDA  
GUERRA MUNDIAL**